

22 AÑOS
CONCURSO HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA
Me lo contó mi abuelito



CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Me lo contó mi abuelito





Coordinación de contenidos:
Christine Gleisner, Alejandra Medina, Sara Montt

Diseño:
Victoria Neriz

Edición de estilo:
Rodrigo Jarque

Ilustraciones:
Katerina Gleboff

Derechos reservados

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 250.557
ISBN: 978-956-7215-57-7
Marzo 2015, Santiago de Chile

Imprenta Quad/Graphics Chile S.A.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES	6
PREMIOS NACIONALES	
NAVEGANTES DEL DESIERTO	6
ÁNIMA QUE ANDAI PENANDO	36
EN EL DESIERTO	20
LOS CAHUELES	94
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
LA MESA DE PARINACOTA	11
MI VIAJE A CODPA	13
UNA VISITA A LAS PEÑAS	17
REGIÓN DE TARAPACÁ	
EN EL DESIERTO	20
LOS RULOS	22
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
EL MITO DEL ALICANTO	24
EL MISTERIO DE LOS PETROGLIFOS	26
REGIÓN DE ATACAMA	
LA CALCHONA	28
EL DESIERTO FLORIDO: UN LUGAR AMISTOSO Y SERENO	30
LA CARRETA ENCADENADA	33
REGIÓN DE COQUIMBO	
LA ESCUELA DE ANTAÑO	35
ÁNIMA QUE ANDAI PENANDO	36
EL ENCANTO DE LAS PIEDRAS AMARILLAS EN LA CUESTA DEL LANCO Y EL CURA MONARDEZ	38
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
LAS LÁGRIMAS DE CALFUTRAY	41
CUENTO DE LA PRINCESA OROLONCO	43

REGIÓN METROPOLITANA

LA TÚNICA DEL ANGELITO 46

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

DON CENOBIO, EL HOJALATERO 49

EL VIEJITO CHIQUITITO 52

LA LLORONA 55

REGIÓN DEL MAULE

EL RÍO DEL MORRO 58

LA PIEDRA CASAMENTERA DE LOS ENAMORADOS 62

LA CAMPANA DEL RÍO LONGAVÍ 64

REGIÓN DEL BIOBÍO

NAVEGANTES DEL DESIERTO 66

LA LEYENDA DE LA BALLENA 68

EL CHERRUFE 70

EL DIABLO QUE COMÍA TRIGO 72

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

MI ABUELO Y SUS MEMORIAS EN EL RÍO CHOLCHOL (RECUERDOS REALES) 74

TRÜLKE WEKUFÉ (LA MANTA DEL DIABLO) 76

LA HISTORIA DEL BUDI 80

REGIÓN DE LOS RÍOS

LLANTO EN EL RECUERDO 82

LA PIEDRA DEL DIABLO 86

REGIÓN DE LOS LAGOS

PANCHO GUALATO 88

LOS ESTACONES HAMBRIENTOS 91

LOS CAHUELES 94

REGIÓN DE AYSÉN

DOÑA MAIGA 96

LA CASA SOLITARIA 98

EL CABALLO GATEADO 100

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

CERO A CERO 102

AMOR EN LA PATAGONIA 106

LA MUJER DEL SUEÑO 109

PRESENTACIÓN

Los cuentos presentes en este libro reúnen el talento de niños y niñas menores de 14 años de todo Chile. El año 2014 recibimos 764 cuentos en la categoría “Me lo contó mi abuelito”, del concurso “Historias de nuestra tierra”. La mayoría de estos jóvenes escritores y escritoras vive en zonas rurales. Son ellos quienes nos invitan a descubrir los lugares más desconocidos de nuestro país, como el pueblo de Codpa, en el norte de Chile, y Los Rulos, en la Región de Coquimbo. Son quienes mejor conocen al Cherrufe, animal volador similar a un dragón que vive en la precordillera pewenche y a doña Maiga, la partera que trajo al mundo a muchos niños y niñas en Puerto Aysén.

Como Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (Fucoa), estamos muy contentos de continuar organizando este concurso del Ministerio de Agricultura. En más de dos décadas de esta fructífera labor cultural, hemos recopilado cuentos, mitos y leyendas de todas las regiones del país. Felicitamos a todos y todas quienes participaron y los invitamos a continuar enviando sus maravillosos relatos que nos permiten conocer mejor nuestro mundo rural.

Carlos Furche
Ministro de Agricultura

Bárbara Gutiérrez
Vicepresidenta Ejecutiva
Fucoa

PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES



Hay historias que conocemos, pero sin embargo, estamos dispuestos a oírlas nuevamente. Siempre nos provocan alguna sensación nueva, nos emocionan, nos identifican, nos divierten o despiertan nuestra imaginación, o mejor aún, nos provocan todo esto al mismo tiempo.

Es sorprendente ver cómo los más tradicionales mitos y leyendas de nuestro país pueden volver a contarse una y otra vez de forma creativa. El que cuenta y recuenta le agrega algo nuevo a cada leyenda. Eso es lo que nos tocó ver al seleccionar los textos que recibimos desde todas las regiones de nuestro país, eso es lo que buscamos y valoramos, la manera que tiene cada uno de repetir lo que ha escuchado. No se trata de agregarle o quitarle partes a las historias, se trata de ponerle alma y pluma. Este año nuevamente nos tocó leer textos que despertaron nuestras emociones y que nos hacen pensar que algunos de estos niños y niñas seguirán escribiendo, registrando las nuevas historias, que tal vez serán los nuevos mitos y leyendas de sus regiones.

Sebastián Barros, Sociólogo, Director de Editorial Pehuén.



Hemos tenido el privilegio de leer una variedad de cuentos que recrean una cantidad inmensa de vivencias, leyendas y mitos recogidos en los rincones olvidados de campos, quebradas, bosques, desiertos y cordilleras de nuestro país. El incalculable valor de estos trabajos, se basa en la transmisión oral que forma parte de una cultura-país donde la pluralidad es sublime. Los textos nos permitieron soñar, emocionarnos y vibrar de una manera mágica. El rescate de esta memoria colectiva es el gran acierto de este concurso que debe mantenerse como un hito para continuar incentivando a jóvenes y niños en la tarea de escuchar y plasmar con “puño y letra” las conversaciones con sus mayores. “Me lo contó mi abuelito” nos lleva a esos mundos íntimos de la ruralidad que están llenos de imaginación.

Gracias a todos ustedes por los momentos que nos regalaron.

Paul Landon, Periodista y Magíster en Desarrollo Rural, Director del programa “Tierra adentro.”



Este año los relatos presentados en la categoría “Me lo contó mi abuelito” dan cuenta de un Chile diverso. Por una parte, develan la presencia permanente del mundo indígena así como también del mestizaje en todas las regiones del país. Por otra, nos habla de los movimientos interregionales que se han producido y que se plasman en muchos de estos relatos. En cada una de las narraciones que han llegado a este concurso, queda de manifiesto que el mundo mitológico y las leyendas siguen estando presente en las nuevas generaciones, adaptando elementos nuevos y re-actualizándose en las voces de los niños/as y jóvenes a lo largo de todo Chile.

Sonia Montecino escritora y antropóloga. Premio Altazor de Ensayo 2005 por “Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos”. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales de Chile, 2013.



Alejandra Alvear, antropológa y asistente de Sonia Montecino. Colaboró en “Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos”.

CONCURSO HISTORIAS DE
NUESTRA  TIERRA

Me lo contó mi abuelito

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

LA MESA DE PARINACOTA

Cristina Alejandra Ortega Véliz
12 años
Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada
Arica
Primer lugar regional

Un día que estaba tomando once con mi abuela, nos pusimos a mirar la mesa del comedor. Estaba medio coja porque mi perro la había echado a perder. En eso, mi abuela me empezó a contar que en el pueblo de Parinacota existía una leyenda sobre una mesa que anunciaba la muerte. Estaba poseída por una fuerza maligna y se aparecía frente a la casa de la persona que iba a morir. También me dijo que la mesa sólo salía a caminar por las calles de Parinacota cuando alguien iba a morir. Se aparecía en varias casas y al poco tiempo alguien de esas casas moría. Yo le pregunté a mi abuela de dónde había salido la mesa y ella me respondió que no lo sabía y que sólo se aparecía para anunciar la muerte de alguien, de modo que me dio mucho miedo pensar que la mesa pudiera aparecerse afuera de mi casa.

Mi abuela me dijo entonces que unas personas habían llevado un día la mesa a la iglesia y que la habían amarrado de una pata a un pilar de esta. Me contó que la mesa aún continuaba amarrada ahí y que sus patas estaban gastadas, porque había querido escapar. Ahora unas personas vigilan que no se arranque y así la gente del pueblo de Parinacota puede vivir tranquila. Cuando terminamos de tomar

once decidí arreglar la mesa del comedor, porque no quería que nuestra mesa se convirtiera en una mesa poseída.

A la semana siguiente, la profesora de historia nos contó que iríamos de paseo al pueblo de Parinacota para visitar la iglesia que existía en ese lugar. Me quedé impresionada, porque mi abuelita me había contado la leyenda de Parinacota y yo sabía que en esa iglesia se encontraba la mesa poseída.

Llegó el día en que fuimos con mi curso y mi profesora al pueblo de Parinacota. Mis compañeros estaban muy contentos; ellos no sabían la leyenda de la mesa, pero yo estaba muerta de miedo porque iba a conocer la mesa en persona y no quería que me matara. Mientras viajábamos en el bus hacia el pueblo, se me ocurrió la idea de contarles la historia a todos mis compañeros de curso. Algunos no querían creer, otros lloraron y dijeron que no querían acercarse a ella, porque pensaban que les haría daño.

Al llegar al pueblo se veían pocas casas y personas. Había un ambiente desolado y tenebroso. Fuimos en dirección a la iglesia; yo estaba aterrada y quería

huir del lugar. Entonces mi profesora nos invitó a entrar a la iglesia. Varios no quisieron entrar, pero la profesora nos obligó a todos finalmente. Una vez dentro, empecé a recordar lo que mi abuela me había contado; en unos instantes sabría si la historia era verdad o mentira.

Al fondo de la iglesia pude verla. Vi la mesa atada y sus patas gastadas, tal cual me la había descrito mi abuela. Mis compañeros comenzaron a sacar muchas fotos y a grabar vídeos. De un momento a otro, la mesa se empezó a mover. Todos arrancamos del lugar y no quisimos volver nunca más.



REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

MI VIAJE A CODPA

Daniela Andrea Leppe Nina
11 años
Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada
Arica
Segundo lugar regional

Hola, soy Daniela. Este es el comienzo de mi vida y de mi primer viaje a Codpa. Un día mi abuelita vino a casa, cansada por los largos caminos de Codpa. Había traído muchas frutas y verduras de allá. En ese entonces yo no sabía de dónde provenían las sabrosas frutas y verduras, de modo que le pregunté. Ella me respondió:

—Querida nieta, las verduras provienen de la hermosa y saludable chacra que está en mi querido pueblo llamado Codpa, donde las frutas y las verduras viven y crecen —dijo mi abuelita, y yo quedé con cara de sorprendida. Un día mi abuelita me ofreció ir a Codpa.

—Prepárate, que viajaremos pasado mañana, el sábado, aprovechando que no tienes clases ese día —me dijo.

Yo me puse rápidamente a empacar, y eso que viajaríamos al día subsiguiente. Lo mejor de mi viaje a Codpa, sin embargo, sería que nos quedaríamos tres días: sábado, domingo y, como no tenía clases el lunes, pues el lunes. Al terminar de empacar mis cosas, mi abuelita tocó la puerta, entró y me dijo:

—Te *emprestaré* mi bolso, que siempre traigo al irme a Codpa —los bolsos que traía mi abuelita eran iguales a los que traían los peruanos—. Llénalo de harina y después saca un chiquete y mételo en tu bolso con harina, así estarás preparada para irnos.

Las cosas que mi querida abuelita me pidió hacer eran probablemente parte de una sorpresa que me tendría preparada al llegar a Codpa. Mi abuelita tramaba algo.

Cuando ya era hora de irnos a Codpa, seguía preguntándome a mí misma para qué el bolso, la harina y el chiquete marca *El Rey Momo*. Finalmente, le pregunté a mi abuelita para qué servían y me dijo:

—Ten paciencia. Es una sorpresa.— Al oír la palabra *sorpresa*, me emocioné de veras.

Luego de despertar de un profundo sueño, vi árboles, manzanos, paltos, membrillos, uvas y guayabas. Había muchas frutas y verduras.

—Miras mi famosa chacra, ¿no es cierto? —me preguntó de pronto mi abuela. Yo siempre me había preguntado qué era la chacra; me sonaba como a una fruta. Codpa me pareció un lugar maravilloso.

Estacionamos el auto en la plaza de Guañacagua. La casa de mi abuelita era sorprendente, pues tenía un horno de piedra. Mi abuela me enseñó a usarlo y resultó ser facilísimo. Sin embargo, aún me preguntaba qué era una chacra. Le pregunté a mi abuela nuevamente.

—Chacra es el lugar en el que cultivas verduras y frutas como tomates, membrillos, manzanas y otras muchas. Eso es una chacra. Un día de estos te llevaré a la mía para que comas en ella. ¡Sí que eres curiosa!

—Es que no conozco Codpa ni lo que significan las cosas aquí. Es algo curioso para mí —le respondí a mi abuela. Luego me llevó a mi cuarto, en el que había un camarote. Mi cama era la de arriba y la de abajo era la de mi hermano, al que no he mencionado en esta historia. En fin. Un día mi abuela me preguntó:

—¿Quieres ir al río?

—¡Claro, abuelita! Menos mal que eché mi traje de baño y toalla —le respondí. De modo que fuimos al río y vimos que había mucha gente... bueno, más o menos. Me asusté un poco, pues no sabía quiénes eran.

—¿Quiénes son, abuelita?

—Son habitantes de Guañacagua —me dijo—. Son gente buena, no temas. Serás amiga de ellos, te lo aseguro.

Al terminar de bañarme en el río, me senté en una piedra que había. Una niña de mi edad fue a hacerme compañía.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —me preguntó.

—No, pero mi abuela sí. Ella es *codpeña*, nació aquí. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Montserrat y sí sé lo que significa *codpeña* —me respondió con amabilidad. Esa tarde jugué y me divertí mucho con mi nueva amiga de Codpa.

—Me encanta estar contigo; me haces reír y divertirme —me dijo Montserrat al rato.

—Yo también me divierto estando a tu lado.

Ella fue mi segunda mejor amiga. La primera había sido la Pía Velásquez, a quien había conocido en mi infancia. Cuando terminé de jugar con mi nueva amiga, juramos vernos otra vez y que siempre estaríamos juntas. Hasta rezamos para que nos volviéramos a ver: «San Pedro, san Pablo, rezamos para que nuestra amistad siga y podamos ser siempre mejores amigas», dijimos juntas. Luego me fui a casa de mi abuela a dormir.

Al despertar me dieron una sorpresa enorme. Mi abuela había decidido que la Pía Velásquez, la mejor amiga de mi infancia, viviera en el piso de arriba. La Pía le pidió permiso a su madre para dormir conmigo y ella aceptó. Yo pensaba presentarle a mi nueva amiga, la Montserrat.

—Te quiero presentar a una amiga que acabo de conocer —le dije.

—Eso estaría fantástico, pero te diré algo que te sorprenderá mucho —respondió. Me dio miedo el tono de voz que puso al decir «*que te sorprenderá mucho*».



—Dímelo enseguida, que me asusto.

—¡Estaremos una semana aquí! Nos dieron una semana más de vacaciones, será increíble —me dijo, y yo quedé muy sorprendida.

—¡Yupiiiiii! ¡Yupiiiiii! —grité.

—Calla, Daniela, o no habrá almuerzo para ti —me advirtió mi abuela.

—¿Sabe mi abuela que hay vacaciones? —le pregunté.

—Sí sabe y dijo que mañana iríamos a... no sé cómo se llama el lugar. El nombre me sonaba como a fruta...

—Yo me sé la palabra. Es chacra —dije.

—¡Eso es! *Chacra*. Me sonaba como a fruta —respondió la Pía, y al cabo de un rato nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente despertamos, nos bañamos, nos cambiamos de ropa y nos lavamos los dientes. Después nos preparamos rápidamente para ir a la chacra de mi abuela. Allá sacamos frutas como guayabas, duraznos, manzanas y uvas. Al regresar encontramos un grupo de baile en la plaza. Hacían un tipo de baile. La abuela me dijo que se trataba de la rueda; toda la gente de Guañacagua participa de ella. Forman un círculo de personas y siguen la letra de la canción, que es cantada por la persona que está en medio del círculo. Vinieron unos niños y nos llenaron la cara de harina y el pelo de chiquete, marca *El Rey Momo*. La abuela se rió y dijo:

—¡Ja, ja, ja! Esos niños les han pintado las caras. Ja, ja, ja. Vamos niñas, pesquen los bolsos con chiquete y harina y vayan a pintar a los niños —nos dijo mi abuela a mí y a la Pía. Lo hicimos, pero antes de jugar, mi abuelita nos explicó las instrucciones:

—Vayan a pintar a los niños, igual como lo hicieron ellos con ustedes. No deben hacerlo con las mujeres, sólo a los varones. Tampoco deben pintar a los adultos, sólo a los niños. Busquen un grupo de niñas y vayan a vengarse de ellos juntas. Es sólo un juego, no se trata de pegar. Sólo diviértanse. Ah, y si quieren ir a la rueda, entren y sigan el círculo. Vigilen adelante, atrás y a los lados también, para que no las pinten. Ah, y no echen harina a los ojos, ni a la boca, ni a la nariz, ni a las orejas. Es malo. Tampoco tiren la harina. Si se les acaba la harina y el chiquete, vengan conmigo y les daré más. ¡Vayan a divertirse!

Un vez que mi abuela dijo todo lo que tenía que decirnos, nos fuimos. Jugamos y jugamos y nos encontramos con mi amiga, la Montserrat.

—¡Hola, amiga Monse! Esta es mi mejor amiga de la infancia, Pía Velásquez. Montserrat, Pía Velásquez... Pía Velásquez, Montserrat.

—Hola, Montserrat. ¿Jugamos las tres? Venguémo-nos de aquel niño —dijo la Pía, y todas nos hicimos amigas.

Montserrat vivía en Arica, pero se inscribió en la escuela en la que yo estudiaba. Ahora estamos las tres juntas. Mi viaje a Codpa me pareció fantástico; conocí personas, hice amigas, y todo gracias a mi abuelita. De no ser por ella no habría conocido a mi amiga, la Montserrat. Mi viaje a Codpa ha terminado.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

UNA VISITA A LAS PEÑAS

Darlin Kekoa Quinteros Flores
13 años
Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada
Arica
Tercer lugar regional

Era una tarde muy fría de invierno y mi abuelito me cuidaba. Conversando con él le pregunté:

—Abuelito, ¿y tú dónde vivías cuando eras pequeño?

Mi abuelito respondió:

«Yo vivía en Las Peñas junto a mi padre, porque mi madre había muerto al darme a luz. Hasta el día de hoy el pueblo de Las Peñas se mantiene muy pequeño. Mi casa era de ladrillos y paja. En ella había una sola pieza en la cual dormía yo con mi padre; además había una cocina y un baño, que básicamente era una cubeta. Yo nací en Arica, pero a los ocho años me fui a vivir a Las Peñas, ya que mi padre había decidido vivir allí, dado que era muy difícil vivir en la ciudad.

»Recuerdo que cuando pequeño me sentaba en una roca gigante a ver los bailes y muy temprano me levantaba a saludar a la Virgencita. Yo siempre vi a la Virgencita como a una madre. A los 16 años conocí a la que sería mi futura esposa, tu abuela. La conocí cuando ella bailaba. Ella vivía aquí en Arica, pero se iba un mes a Las Peñas por los bailes. Ella tenía 15 años, era menor que yo, sin embargo,

el amor nos unió. Esperaba con ansias el mes de octubre para verla.

»Luego mi padre se enfermó muy grave y a los pocos días murió. Me quedé solo; lo único que tenía era la casa, así que decidí venderla para irme a Arica. Al llegar a la ciudad, me fui a vivir con tu abuela. En un principio sus padres no estaban muy contentos, ya que éramos pequeños. Arrendamos una casita chica con un baño, una pieza, cocina y nada más. Yo trabajaba construyendo casas y tu abuela trabajaba cosiendo ropa para los vecinos y amigos. Luego de unos meses pudimos arreglar nuestra casa; construimos una pieza más y un comedor. Con tu abuela habíamos planeado tener un bebé cuando ella tuviera 22 años y yo 23. Luego de seis años, tuvimos un bebé: fue tu madre. Como ya sabes, la llamamos Marcela. Fue sin duda el mejor día de mi vida, después de tu nacimiento. Ese día decoramos la pieza rosada de tu madre con muchas flores.

»Cuando tu mamá cumplió diez años, decidimos ir de vacaciones con tu abuela y tu mamá a Las Peñas. Caminamos como tres horas, pues tu mamá caminaba lentito. Nos quedamos en una carpa al lado del río. Nunca olvidaré cuando fui a ver a la



Virgencita; por mis ojos cayeron lágrimas, fue como no haber visto a mi madre en seis años. Le presenté a tu madre y le dije: “Querida Virgencita, te presento a mi hija”.

»Luego de eso me puse a ver los bailes junto a tu madre y tu abuela. Nos sentamos sobre una roca gigante en la que me sentaba cuando era pequeño. Marcela se tiró al río, pero el agua estaba demasiado helada, por lo que tuve que sacarla de un brazo y abrigoarla con un chaleco que traía puesto en ese momento.

»Cuando dormíamos, con tu abuela escuchamos a alguien toser. Se trataba de Marcela; estaba muy enferma y tenía fiebre. En Las Peñas no había hospitales, pero encontramos una posta en la que trabajaban unos caballeros por cualquier emergencia. Con tu abuela la llevamos y nos dijeron que tenía fiebre, pero muy poquita. Era un simple resfriado, así que nos dijeron que no nos preocupáramos. Nos recomendaron que tratáramos de no abrigoarla demasiado en la noche, pues le podía subir la fiebre y nos dieron un remedio para la tos. Tu abuela y yo les hicimos caso

y no la abrigoamos mucho, lo que dio resultado, pues a Marcela le bajó la fiebre.

»Al día siguiente fuimos a pasear, a ver los bailes y a saludar a la Virgencita. Con tu abuela fuimos a comprar unos helados y dejamos a Marcela viendo los bailes. Al volver la vimos hablando con un muchacho y le preguntamos: “Marcela, ¿quién era ese muchacho?”. Ella nos respondió: “Es un niño que acabo de conocer. Es muy simpático y luego jugaremos en el río”. “Pero Marcela, tú estás resfriada. No puedes entrar al agua”, le dijimos. “Está bien, entonces jugaremos en la plaza”.

»Nos pusimos muy contentos luego de ver que Marcela estaba feliz de haber jugado con el niño que había conocido. Sin embargo, ya era hora de irnos a la ciudad. Esto la puso muy triste, porque se separaría de él. El niño le prometió que cuando fuera a la ciudad, luego de los bailes, la llamaría para que se juntaran. Marcela le dio su número y le pidió que hablara con nosotros, entonces podrían juntarse a jugar. Luego de unos años, mi historia se repitió: Marcela se enamoró del muchacho y, a los pocos años de haberse conocido, se casaron. Ahora él es tu padre».

REGIÓN DE TARAPACÁ

EN EL DESIERTO

Patricia Meneses Salvatierra
 13 años
 Escuela Básica Oasis en el Desierto
 Iquique
Tercer lugar nacional

En las pequeñas ciudades del Norte Grande, en medio del desierto, vivía una mujer que trabajaba como vendedora de verduras para las salitreras; eso fue hasta que conoció a un hombre, pero ella no sabía que iba a ser su perdición.

Al cabo de un año, la mujer quedó embarazada; le preocupaba lo que el hombre pudiera decir. Sin embargo, una vez que el padre de su futuro hijo llegó, la mujer le contó sobre su embarazo. Al oír semejante noticia el hombre se puso muy contento y la mujer lo abrazó.

Después de nacido el niño, se casaron y le pusieron por nombre Roberto, en honor a su abuelo. Cuando cumplió los diez años, vio por primera vez a su padre golpear a su madre. Atemorizado porque nunca había visto algo así, el niño corrió por el desierto hasta perderse entre los tamarugos y la arena.

Meses después vio a su padre haciendo lo mismo, pero esta vez no tuvo miedo y lo enfrentó. El niño le dijo:

—Nunca más le volverás a pegar a mi madre.

—Anda a tu pieza —le respondió el padre. Sin embargo, el muchacho le contestó con rabia:

—No, no me iré a mi pieza y tengo todo el derecho de exigirte que no le pegues a mi mamá.

En ese mismo instante le tomó la mano a su madre y ambos salieron por la puerta para no regresar más.

Hoy ese hombre vaga por el desierto día y noche buscando a su familia. Se cuenta que lo ven constantemente en las oficinas salitreras, las que cerraron hace más de cuarenta años.



REGIÓN DE TARAPACÁ

LOS RULOS

Macarena Fernanda Araya Araya

13 años

Liceo María Auxiliadora Iquique

Pozo Almonte

Primer lugar regional

Había una vez, cerca de Canela Alta, un pequeño pueblo llamado Los Rulos. En él vivían dos pequeños niños. Uno se llamaba Juan, un muchacho de pelo castaño y de ojos café oscuro. Era especialmente divertido. El otro niño se llamaba Pedro. Tenía ojos negros, pelo del mismo color y era muy juguetón.

Ya se acercaba el verano. Pedro y Juan estaban muy emocionados, porque ya llegaría el esperado día de la trilla. Cada día se juntaban y salían a jugar con una pelota hecha de calcetas viejas. Luego, cuando oscurecía, cada uno se iba por su lado a su casa, ya que quedaban alejadas la una de la otra. Sólo salían ciertos días, como los martes y los sábados.

Un domingo, Juan se levantó y tomó desayuno, que consistía en un pedazo de pan y un vaso de leche de cabra. Después se fue para ayudar a correr las cabras y las ovejas. Luego fue a darles de comer a las gallinas. En el intertanto, Pedro hacía lo mismo; sólo que un rato después de terminar, se fue a ver cómo su padre Humberto arreglaba las suelas de los zapatos. Faltaba solamente una semana para la trilla y ya se estaban haciendo los preparativos para la gran fiesta.

Un miércoles Pedro y Juan salieron a jugar, pero no encontraron nada que hacer, así que fueron a dar una vuelta al cerro y hablaron sobre lo que harían el día de la trilla.

—¿Por qué no le pedimos a don Benito que nos dé trompos para que juguemos ese día? —preguntó Juan.

—¡Sí! Es una buena idea —respondió Pedro.

Entonces corrieron a la casa de don Benito. Tocaron la puerta y les abrió un anciano de 80 años. Era don Benito.

—Hola niños, ¿qué se les ofrece?

—¿Nos puede prestar algunos trompos para jugar el día de la trilla? —preguntó Juan.

—Pero claro, no hay problema.

El anciano los hizo pasar a su casa, mientras abría una caja llena de polvo. Les contó un mito del cual todos hablaban.

—Hace muchos años atrás, un grupo de mineros

encontró una roca de oro. Dado que era un secreto y no sabían cómo repartirse el tesoro, decidieron enterrarlo en un baúl bajo tierra. Todos prometieron abrirlo veinte años después. Lamentablemente, ninguno de ellos cumplió la promesa: muchos fueron a buscar el tesoro y desgraciadamente murieron en el intento. Hoy se dice que todo aquel que trate de ir a apoderarse del tesoro morirá intentándolo o de susto, ya que se escuchan voces que dicen «¡Es mi tesoro!».

Juan y Pedro se largaron muy asustados a sus casas.

El esperado día de la trilla llegó. Todas las personas del pueblo se juntaron en una casa. En un círculo de cemento en el patio, se echó el trigo. Este luego era aplastado por las patas de los caballos que giraban alrededor. Expectante, Juan miraba cómo

los caballos daban círculos. También veía a la gente que se divertía contando historias. A lo lejos pudo ver cómo Pedro se acercaba.

—Hola, Juan —saludó Pedro.

—Hola, Pedro. ¿Qué te parece si jugamos a los trompos?

Mientras jugaban, se reían. Más tarde fueron a almorzar.

Ya se había hecho de noche cuando Juan y Pedro decidieron explorar el sector. En un momento, oyeron unas voces y se acordaron de la historia que les había contado don Benito. Se fueron a sus casas. Al llegar a sus hogares, se pusieron a tomar once.



REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL MITO DEL ALICANTO

Camila Fernanda Guerra Ángel

11 años

Colegio Sagrada Familia

Tocopilla

Primer lugar regional

—¡Abuelito! ¡Abuelito! Tú que eres tan viejito y has vivido tantos años en este desierto tan hermoso y misterioso, cuéntame qué sabes del Alicanto —dice Carlitos.

—¡Oh, mi querido nieto! Siéntate en el sofá y pon mucha atención —responde el anciano—. Hace muchos años atrás, existió un pajarito de enorme tamaño. Poseía alas de color dorado, un pico encorvado y patas con grandes garras.

—Pero abuelito, ¿en realidad existe un pajarito así?

—Pues, cómo saberlo si nadie lo ha visto. Bueno, como decía, el Alicanto tenía una característica muy especial: por las noches sus alas brillaban con bellos colores. Sus ojos tenían luces y cuando volaba, lo hacía con gran elegancia. Se alimentaba de oro, de plata o de cualquier otro metal.

—Pero abuelito, ¿qué hacía el Alicanto?

—Bueno, para los mineros el Alicanto es como un guía; el ave que les da suerte para obtener los minerales que quieren conseguir. Pero, ¿sabes, mi querido nieto? El Alicanto también tiene sus reglas.

—¿Cómo cuáles, abuelito?

—Si un minero sigue al Alicanto por ambición, este lo arrastra hacia un precipicio, donde muere.

—Abuelito, pero... ¿cómo nació el Alicanto?

—En realidad, no se sabe cuál es la verdad; yo conozco dos historias.

—¿Cuáles son? —pregunta Carlitos.

—La primera es así: un día, un señor tenía una gallina que puso un huevo de oro. Este rodó hasta chocar con una roca, se rompió y de él salió el Alicanto.

—¿Y cuál es la segunda historia?

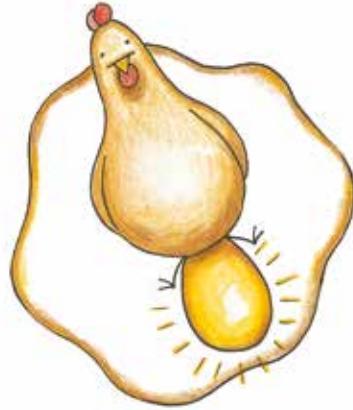
—La segunda cuenta que un día un pollito murió y después de varios días se formó el Alicanto.

—Abuelito, ¿dónde se encuentra el Alicanto?

—Mira, mi querido nieto, por lo que yo sé, anda por las minas cercanas a este lugar. No sé si volará hacia otros lugares. Bien, ahora ¿tienes todo claro, Carlitos?

—Sí, abuelito. Lo claro es que los mineros no deben ser ambiciosos, para que no les ocurra nada; así el Alicanto no será malvado con ellos. Me ha dado sueño, buenas noches y que sueñes con el Alicanto.

—Buenas noches, mi querido nieto. Que tengas dulces sueños.



REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL MISTERIO DE LOS PETROGLIFOS

Dafne Daniela Yufra Saire
12 años
Escuela San Francisco de Chiu-Chiu
Calama

Segundo lugar regional

Érase una vez una niña llamada Soledad. Era muy curiosa y vivía en un pueblo llamado Chiu-Chiu. Le gustaba salir a pasear con sus amigos, sobre todo con su amigo Andrés.

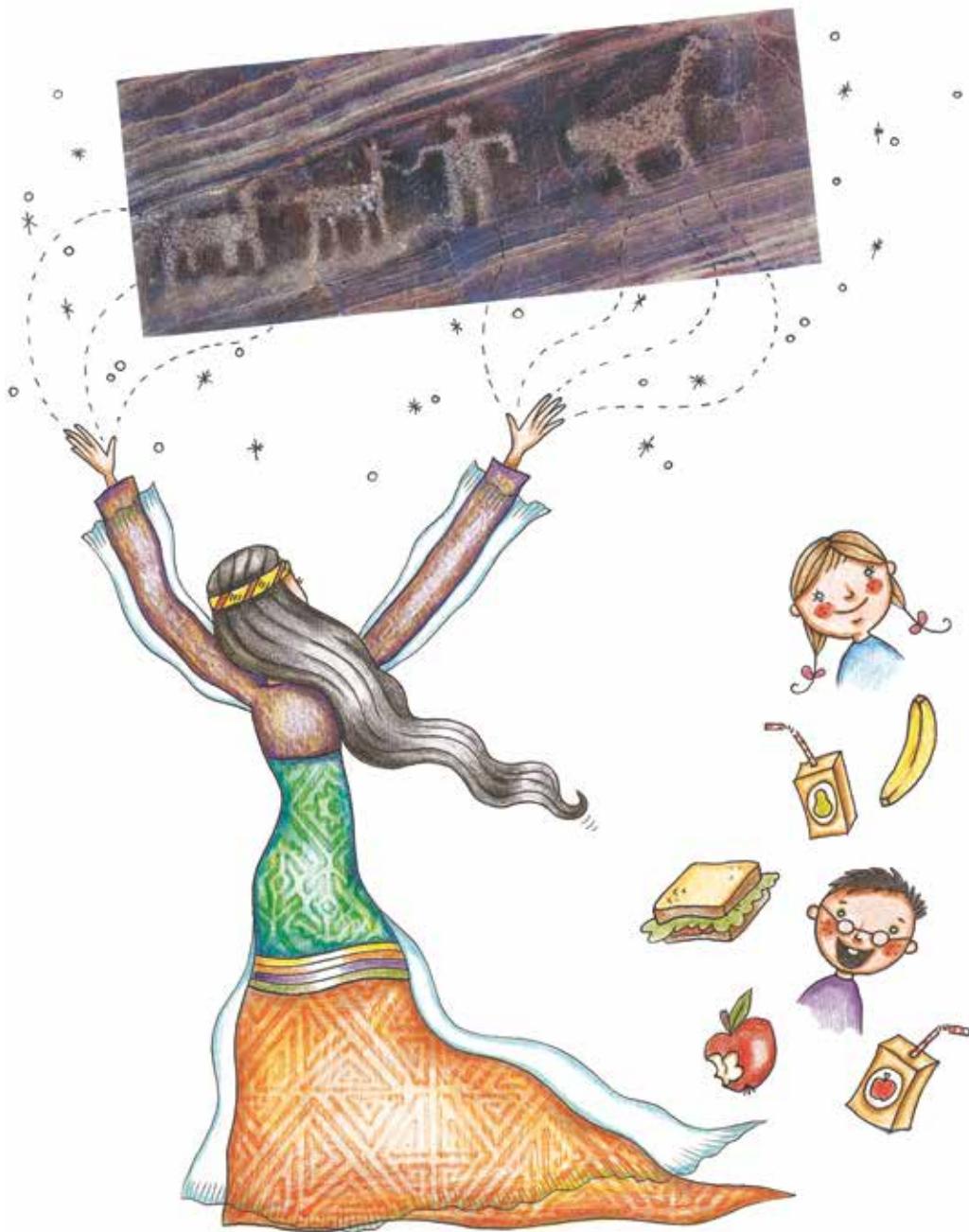
Un día cuando Soledad estaba en clases, escuchó hablar a su profesor sobre los petroglifos que estaban en Lasana. Su profesor explicó que los petroglifos eran dibujos de sus ancestros y que los tallaban para dejar marcadas las cosas que hacían. Soledad le preguntó a Andrés si quería ir a Lasana a ver los petroglifos. Andrés le dijo que sí, así que se alistaron para ir. Empacaron jugo, frutas y unos sándwiches.

Al día siguiente partieron en sus bicicletas rumbo a Lasana. Se detuvieron en un punto y luego empezaron a subir cuesta arriba. Cuando se encontraron arriba, vieron una figura que se parecía a un pastor con sus llamas. Siguieron caminando y encontraron más

petroglifos, pero al rato se devolvieron a sus casas para descansar y así ir nuevamente al día siguiente.

Después decidieron ir al mismo lugar, pero al subir vieron que las figuras habían cambiado de posición. Fueron de inmediato a casa de Soledad para contarles a sus padres, pero ni su papá ni su mamá les creyeron. Su abuelo los había escuchado, así que los llamó para contarles una historia. Les relató que mucho tiempo antes de que llegaran los españoles, existía una diosa llamada Saire, quien controlaba todas las aguas. Ella tenía un poder que les daba vida a los petroglifos y ese poder seguía vivo en los petroglifos. Soledad y Andrés se quedaron muy sorprendidos al escuchar la historia.

Después de pasados los años, Soledad y Andrés tuvieron hijos y quisieron contarles la historia que el abuelo les había contado. Es así como la historia ha ido pasando de generación en generación.



REGIÓN DE ATACAMA

LA CALCHONA

Keyla Valentina Iriarte Aracena

13 años

Escuela Ricardo Campillay Contreras

Alto del Carmen

Primer lugar regional

Cuando yo era pequeña, mi abuelita Nena siempre me contaba que cuando ella era pequeñita había vivido un tiempo en la hacienda Tátara, que era propiedad de su abuelito Juan. Cada noche, ella miraba cómo su abuelito dejaba una fuente con leche y una olla con mucha comida. Y cada mañana dejaba junto a un tiesto enorme con trigo, gusanitos y semillitas, otro con agua fresquita. Mi abuelita era muy curiosa y preguntona, todo lo quería saber, y un día no aguantó más de tanta curiosidad.

—Abuelito, ¿por qué cada noche dejas comida y leche en esas ollitas? —preguntó.

«Mira, niña, te lo voy a contar, pero debes guardar el secreto... Hace mucho tiempo había una familia que era muy pobre. Era la mamá, sus tres hijos y su marido. Este era malo, un borracho que se bebía todo lo que ganaba y al que no le importaba que su familia pasara necesidades. Se ausentaba meses de su casa. A su esposa, cansada de llevar esta mala vida, se le partía el alma cada vez que escuchaba a sus hijos pedir comida.

»Una noche, cansada de tanto sufrimiento, preparó unos brebajes y ungüentos mágicos y los probó

en sus hijitos; al instante estos se convirtieron en pajaritos. De madrugada salieron a buscar su alimento. En la tarde regresaron tres pajaritos cantando felices, su madre les dio el brebaje y los ungüentos mágicos y volvieron a ser sus pequeños niños. Luego se durmieron, cansados de volar todo el día y felices porque tenían su guatita satisfecha.

»La madre, al ver a sus hijos profundamente dormidos, bebió los brebajes, se puso los ungüentos mágicos y se convirtió en una enorme oveja. Salió a buscar comida y regresó a su casa de madrugada, satisfecha y feliz.

»Así estuvieron por mucho tiempo muy felices, porque ya no pasaban hambre. Cada día, los pajaritos conseguían su alimento en los jardines y, cada noche, la ovejita salía a buscar su propia comida.

»Pero un día llegó su marido borracho, como de costumbre. La madre se asustó y pensó en sus hijitos, que no estaban, bebió los brebajes y partió como ovejita a buscar a sus pequeños. Pero tuvo muy mala suerte, ya que su marido había visto

todo y como era tan malo, tomó los brebajes y ungüentos mágicos y los lanzó al fuego.

»Desde entonces, cada día se ve a tres pajaritos cantando y volando juntos, buscando a su madre. Y por las noches se ve a una inmensa oveja buscando comida. Cuentan los vecinos que tanto los pajaritos como la oveja están condenados a vagar hasta el fin del mundo.»

—Abuelito, ¿por este motivo dejas comida y leche cada noche?

—Sí, mi niña. La llaman la Calchona. Muchos vecinos y lugareños la han visto, aseguran que es una oveja grande y hermosa. También han visto a tres pajaritos cantando en las ventanas, buscando a su madre.



REGIÓN DE ATACAMA

EL DESIERTO FLORIDO: UN LUGAR AMISTOSO Y SERENO

Abril Alejandra Ruiz Azócar

11 años

Escuela Bruno Zavala Fredes

Copiapó

Segundo lugar regional

Cuando Ema fue de paseo cerca de su casa, le llamó la atención algo en particular. Se trataba de un desierto, aunque no cualquier desierto: era un desierto florido, un lugar hermoso, pacífico y encantador. Le había gustado mucho. Cuando fue a contarle a su mamá sobre su aventura, pensó haber escuchado un ruido, aunque no le prestó mayor atención.

Con el paso del tiempo, Ema jamás se cansó de ir al desierto florido. A medida que cumplía años, más le gustaba y también pasaba más tiempo en él. Un día, la niña llegó a su casa y vio que sus padres estaban preocupados. Le tenían que dar una triste noticia. Sus padres le dijeron que habían conseguido un trabajo en otra ciudad. Ema se sintió muy triste y pasó muchos días llorando, sin saber qué hacer.

Pensó mucho en la noticia que le habían dado sus padres. Se sintió muy triste y decidió que si se quedaba más tiempo en el desierto florido, no lo extrañaría. Así que todos los días comenzó a pasar más tiempo ahí que en la casa.

Un día se sentó entre las flores del desierto florido. Sin embargo, se empezó a aburrir, por lo que

se puso a jugar con las flores que tenía alrededor. Cuando se cansó de jugar, empezó a caminar por el desierto y encontró un pozo oculto por algunas flores.

Ema notó que el pozo tenía escaleras y, como era de mañana, se podía ver el fondo. Aunque Ema era curiosa, no quiso ver el interior del pozo. Decidió ir a su casa, pero se tropezó y cayó en él. Al caer se golpeó muy fuerte en la cabeza y quedó inconsciente.

Cuando despertó era de noche y no podía ver dónde estaba la escalera, así que decidió esperar hasta que amaneciera. Mientras esperaba escuchó unos pequeños pasos, aunque no sintió temor, sino bien sintió curiosidad. Al cabo de un rato se quedó atrapada en un profundo sueño.

Despertó cuando le llegó la luz del día en el rostro. Notó que había pequeños hombrecitos que le sonreían y le daban flores de muchos colores. Ema las recibió gustosamente mientras escuchaba el relato de cómo ellos llenaban el desierto de semillas y de cómo este se repletaba luego con flores de bellos colores.



Su familia la había estado buscando toda la noche y al empezar un nuevo día, pudieron recobrar sus esperanzas.

Ema salió a la superficie con ayuda de los hombrecitos y se puso a sembrar semillas junto a ellos. Se sintió muy feliz y olvidó por completo que sus padres la alejarían de su querido desierto florido.

Mientras Ema sembraba pudo notar que a lo lejos venían sus padres. Aunque sabía que estaban preocupados, antes de correr hacia ellos, quiso advertir a los hombrecitos, para que pudieran esconderse.

Al verla, los padres de Ema corrieron para abrazarla y decirle cuánto la amaban. Ella se disculpó por provocar tantas preocupaciones.

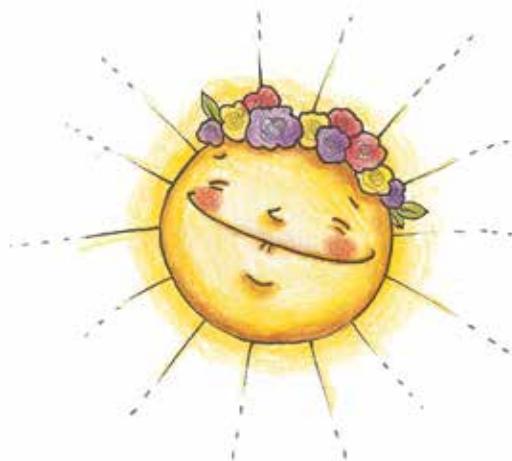
En el camino a casa, sus padres notaron que Ema estaba muy triste. Al llegar le preguntaron por qué tenía pena y ella les respondió que era porque se iba a alejar del desierto florido, que era lo que más amaba.

Mientras Ema lloraba desconsoladamente, sus padres pensaron si de verdad valía la pena recibir un poco más de dinero a costa de ver a su hija infeliz.

Al amanecer, mientras la niña y sus padres desayunaban, estos le dieron la noticia: habían decidido que no se irían de la ciudad. La muchacha saltó de alegría y abrazó a sus padres. Salió corriendo hacia su querido desierto florido a contarles a sus nuevos amigos que no se alejaría de ellos ya que sería su nueva guardiana; siempre estaría ahí para protegerlos.

Aún hay tardes en las que comparte con sus queridos amiguitos, ayudando a sembrar en su querido desierto florido.

Ema aprendió mucho sobre la naturaleza. Cuando tuvo hijos les enseñó todo lo que había aprendido sobre respetar a la naturaleza, cómo cuidarla y lo importante que es.



REGIÓN DE ATACAMA

LA CARRETA ENCADENADA

Johan Manuel Ibar Rivera Cortez

10 años

Escuela El Olivar de Huasco Bajo

Huasco

Tercer lugar regional

Estando de visita en la casa de mi abuelo Iván Cortez, de descendencia Coya, allá en la localidad de Canto del Agua, a hora y media del Puerto de Huasco por el camino costero, este me relató la siguiente historia.

Me contó mi abuelito que en las noches de luna llena, ahí en su parcela y alrededor de su pieza, se escuchaba muy claramente, a eso de la medianoche, una carreta que daba vueltas. Pensaba que arrastraba una gran cadena, por el sonido característico que hacía.



El sonido de aquella cadena arrastrada se debía a que ahí se encadenaba a las personas que salían a ver de qué se trataba el suceso y, al encontrarse con un hombre esquelético conduciendo la carreta, se quedaban espantados y embrujados, y eran atrapados por la cadena y arrastrados por esta siniestra carreta toda la noche alrededor de la casa.

Mi abuelo me dijo que una noche salió a ver qué pasaba; no pudo encender nada de luz, ya que en esta zona solo hay luminosidad a través de luz solar, gracias a placas fotovoltaicas. Así que salió esa noche llevando un chonchón, cauteloso. Al sentir aproximarse la carreta, vio que quien la conducía

era él, con su rostro cadavérico. Fue tan grande el espanto que la vela se le cayó y se encendieron unas hojas y ramas secas que estaban puestas en el brasero. Esa casual fogata había impedido que la carreta encadenada lo atrapara.

La carreta desapareció con la luz del fuego. Una vez repuesto del espanto, mi abuelo pudo apagarlo y se fue a dormir a su pieza de madera.

A la mañana siguiente, cuando se levantó de madrugada para ir a darles alfalfa a las cabras, se dio cuenta de que alrededor de su habitación había un gran círculo de cenizas con huellas de ruedas de carreta y cadena arrastrada.



REGIÓN DE COQUIMBO

LA ESCUELA DE ANTAÑO

Constanza Javiera Luan Luan
9 años
Escuela Flor del Valle
Monte Patria
Primer lugar regional

Mi bisabuelo me contó que su familia era muy pobre cuando él era niño. Su mamá le hacía la ropa con sacos de harina; no tenían zapatos, pero para que no les dolieran los pies hacían plantillas con goma de ruedas y las amarraban con pitas o telas al pie.

Cuando iba a la escuela tenía que llevar leña para que le cocinaran el almuerzo y además debía llevar su plato y su cuchara.

Mi bisabuelo dice que fue muy poco a la escuela, ya que tuvo que trabajar para ayudar a su mamá porque eran solo los dos, no conoció a su papá.

Cuenta que para pasar de curso tenían que pararse derechos, manos a los lados, cantar y recitar delante del profesor y otras personas. Él recuerda cuando recitó la poesía del gallo, que decía así:



«Yo soy el gallo

¡Qui- qui- ri- qui!

Y canto por las mañanas

¡Co-co-ro-có!»

Y así pasó de curso.



REGIÓN DE COQUIMBO

ÁNIMA QUE ANDAI PENANDO

Yanis Catalina Jiménez León

13 años

Escuela Unión Campesina

Ovalle

Segundo lugar nacional

Segundo lugar regional

Esta pícara historia me la contó mi querida bisabuela paterna, Emilia del Carmen Barraza, que hoy tiene 87 años.

Había una vez un matrimonio campesino. El varón era muy poco agraciado y trabajaba por turnos, igual que lo hacen los trabajadores por estos pueblos rurales. Su mujer, muy hermosa, pasaba sola mucho tiempo. Por eso un día, cuando vio pasar a un pastor, le hizo unas chifladitas. Y *pa'* botar su amor, lo conquistó. Él la iba a visitar cuando su esposo se encontraba afuera. Ella vivía muy feliz, hasta se olvidaba de que su marido iba a regresar.

Entonces, inventó una seña: cuando su esposo estaba en casa y se dormía rendido por el cansancio, ella dejaba en la ventana un hueso *pa'* que lo viera el pastor. Varias veces hizo lo mismo, pero un día se olvidó.

Una noche, su marido no dormía aún. Este escuchó como unos rasguños raros en la ventana: la rascaban, como que la querían abrir.

—Oye, mujer. Siento ruidos extraños en la ventana —le dijo a su mujer, sentándose en la cama.

—¡Ah! Sueños tuyos, viejo. Duérmete tranquilo no más —le contestó su mujer.

¡Toc, toc! Sonó la ventana.

—No ves que de nuevo sonó la ventana, como que la quieren abrir.

—¡No *veís* que está *cerrá* por dentro, quién la va a querer abrir! —aseguró nerviosa la mujer, porque recordó que no había dejado el hueso en la ventana.

—¡Ah! —le dijo ella—. Voy a rezar mejor. «Ánima que andai penando, disculpa que me olvidé de dejarte el hueso...»

—¿Y qué rezos son esos? —le preguntó él—. ¿De *a'onde* sacaste esa oración?

—¡Ah, viejo, duérmete mejor! ¿Que no *entendí* que anda un ánima penando?

La ventana dejó de sonar.

«Por Dios, Señor», pensaba ella. «Hoy día me pilló mi marío».

Pero pasó el tiempo y la mujer nunca fue descubierta. Cuando se olvidaba de poner el hueso, le rezaba

la oración no más: «Ánima que andai penando, disculpa que me olvidé de dejarte el hueso», y su esposo veía cómo ella, mágicamente, tenía el poder de echar a las ánimas de su ventana matrimonial.



REGIÓN DE COQUIMBO

EL ENCANTO DE LAS PIEDRAS AMARILLAS EN LA CUESTA DEL LANCO Y EL CURA MONARDEZ

Michelle Katerina Belén Barraza Bustamante

10 años

Escuela Berta Hidalgo Barahona

Salamanca

Tercer lugar regional

Mi abuelito nos contaba muchas historias y nos entreteníamos mucho escuchándolo; algunas no las creíamos, pero nos aseguraba que todas eran verdad.

Contaba mi abuelo que el cura Monardez era un curita muy viejito que había en la iglesia de El Tambo. Venía a Tahuinco y subía la cuesta del Lanco en mula para ir a hacer misa a Lanco, Socavón, Limahuida y Caimanes. Esto era como entre 1900 y 1920. Este padre era muy especial, o a lo mejor el lazo de crin que andaba trayendo era el especial, porque en la subida de la cuesta, si se le cansaba la mula, pillaba cualquier caballo chúcaro y se iba en él sin que se le espantara.

Dicen que en ese tiempo, al mirar desde el valle en las Piedras Amarillas, se veía arriba a una bella mujer sentada en una gran piedra, peinándose. Su cabello era muy largo y rubio y con el sol brillaba como el oro. La gente que subía en las noches por esos lados se perdía y no podía encontrar el camino hasta el

otro día. Casi siempre aparecían muy lejos de donde se habían perdido.

Años atrás, mi abuelo Jacinto era el que hacía el vino en el Valle. Venían de todos lados a comprarle, ya que era el mejor vino y chicha de la Cuarta Región. Una vez nos relató que un anciano llamado Juan, que vivía en Los Loros y que siempre venía a la bodega, le había contado que cuando era chico — tendría como siete años — se había celebrado una fiesta en su casa. A los niños los habían mandado a acostarse, pero a él se lo llevó una mujer que había entrado en la casa por la noche. Recién al otro día se dieron cuenta de que no estaba en la casa. Contó que esta mujer lo había llevado por los cerros como volando, porque era imposible caminar por ahí, ya que había puros matorrales con espinas y se *habrían echado* varios días. En un rato llegaron arriba. La mujer lo había llevado donde se encontraban unas piedras muy grandes que daban vueltas y había tratado de lanzarlo en medio de ellas. Él lloraba muy asustado.



Al rato ella lo dejó en el suelo y arrancó. Después de tres días lo encontraron unos *cordoneros*, que son las personas que cuidan el ganado que queda por los cerros. Contó que estaba muy aturrido y que no conocía a nadie.

Desde entonces empezaron a aparecerle tres monedas en los zapatos. Él y su familia las gastaban en comprar cosas para comer y luego estas volvían a aparecer. Un día su papá las gastó en juegos de apuestas y nunca más aparecieron.

El cura estaba muy pendiente de estos hechos, porque él subía muy seguido por estos lados a pesar de ser muy anciano. Por esto mismo se burlaban de él y le hacían bromas pesadas. Una vez en Limahuida, unas personas venían bajando un toro muy bravo para un rodeo. Justo en ese momento iba subiendo el cura en su mula. Cuando lo vieron, los hombres le dijeron:

—Padrecito, qué *güeno* que lo encontramos... Justo le llevábamos un regalo.

—Sí, hijo. ¿Qué será?

—Este toro. Es para usted... Lléveselo, ¡es mansito!

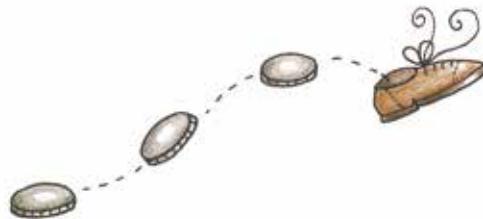
El cura les dio las gracias, mientras todos reían. Se metió al corral con su lazo, lo tomó y se lo llevó. Quedaron todos con la boca abierta, porque el toro caminó tranquilito al lado del cura, no lo atacó ni nada.

Así descubrió el padre que lo que había en la cuesta del Lanco era una veta de oro. Ya estaba llegando gente por esos lados a picar la tierra para sacar pedacitos de oro. Entonces, el cura Monardez sacó su lazo y con unos rezos conjuró por cien años esa veta de oro, porque dijo que se iba a matar mucha gente por la ambición. De este modo, la hizo invisible. Hasta el día de hoy mucha gente la busca.

Ya han pasado más de cien años y el conjuro tiene que haber terminado. Sin embargo, son muy pocos los que saben más o menos dónde está la veta. Todo está lleno de matorrales, árboles y espinas, porque ya casi no transita gente por ahí, sólo los que buscan la veta, pero no la han podido hallar.

Hasta el día de hoy se cuenta que en la cuesta puede verse un lindo árbol con grandes duraznos y que, al subir, no se ve por ningún lado. También dicen que por las noches aparece una bola de fuego. Mi papá cuenta que cuando él era chico, mi abuelo le mostraba por las noches una bola de fuego que bajaba por la Cuesta del Lanco y le decía:

—Hijito, allá está la veta de oro. ¡Para que cuando sea grande la vaya a buscar!



REGIÓN DE VALPARAÍSO

LAS LÁGRIMAS DE CALFUTRAY

Priscila Salomé Fernández Pérez

14 años

Colegio Panquehue

Panquehue

Primer lugar regional

Una vez, cuando era más chica fui a la casa de mis abuelos. Con mi abuela fuimos a dar un paseo por un cerro que está cerca de su casa. Me llamó la atención un canal que se encerraba en un tipo de cascada. Curiosa, le pregunté a mi abuela de dónde venía aquella cascada. Ella me dijo que esas eran las lágrimas de Calfutray y me relató la siguiente historia.

Antes de que se poblara el valle existía en él un pueblo indígena. Este pueblo tenía a una princesa muy bella llamada Calfutray; se dice que ella podía hablar con la naturaleza, la sentía viva. Cada noche, ella escalaba el cerro y se ponía a cantar. La naturaleza se manifestaba y danzaba con su voz. Todo su pueblo admiraba a la joven por su encanto y delicadeza y, dado que ella se los pedía, cuidaban la naturaleza como a uno más.

Una noche Calfutray subió al cerro como siempre, pero al bajar a la mañana siguiente, se veía muy triste. Esto se repitió durante muchos días. Su pueblo le preguntó preocupado a la princesa qué le ocurría y ella respondió:



—Oh, mis queridos amigos. La naturaleza me ha dicho que ella no podrá hablarme más, porque a este valle llegará una bestia que la asesinará. Sin embargo, he pedido que antes de que ocurra esto, ella me lleve hoy mismo.

El pueblo, triste por lo que iba a acontecer, le pidió a la princesa que lo reconsiderara. Pero ella no lo aceptó. Así, al anochecer, todo el pueblo la

acompañó hasta las faldas del cerro y ella subió. Como siempre, Calfutray comenzó a cantar y, como nunca, lloró. La melodía era tan triste que la lluvia la acompañó y la princesa desapareció.

Se dice que por este acontecimiento se creó el canal que cruza todo Panquehue. Unos lo llaman el Lorino, pero para mí siempre serán las lágrimas de Calfutray.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

CUENTO DE LA PRINCESA OROLONCO

Catalina Johana Pizarro Ahumada

13 años

Liceo Manuel Marín Fritis

Putendo

Segundo lugar regional

Había una vez, en un lugar lejano, olvidado entre los grandes y hermosos valles y montes de aquella época, una hermosa princesa indígena llamada Orolonco. Ella pertenecía a una tribu que vivía en la cima de un gran cerro y era la hija del jefe de aquella tribu. Orolonco había sido dotada de una gran belleza. La princesa y su pueblo eran felices y vivían llenos de alegría, disfrutando de toda la inmensa gama de árboles y animales que en ese entonces existía.

Un día, mientras veneraban a la Madre Naturaleza como de costumbre, se dieron cuenta de que se acercaba un grupo de personas extrañas vistiendo uniformes que en su tribu jamás habían visto. Todos se preguntaban quiénes eran, qué querían, y por qué avanzaban en dirección a su hogar. Miraban con gran curiosidad y miedo a las personas extrañas que se aproximaban más y más. Por el temor de no saber lo que ocurría, los indígenas se prepararon para atacar a los extraños. Sin embargo, el grupo de personas llegó en paz y armonía. Explicaron que eran españoles y que venían de un gran viaje. Andaban buscando dónde quedarse por un tiempo, para poder curar a las personas que venían heridas y descansar.

Luego de un par de días, la princesa Orolonco decidió conocer a los viajeros que estaban en sus tierras. Fue entonces cuando conoció a un español llamado Rodrigo Fernández y Arauco. En el momento que se miraron por primera vez, sintieron una extraña sensación. En el transcurso de los días, Orolonco siguió hablando con el joven español; se comenzaron a conocer y compartieron sus historias. Luego de un tiempo Orolonco y Rodrigo se dieron cuenta de que estaban profundamente enamorados, pero sabían que era imposible que algún día pudieran estar juntos, ya que los indígenas seguían fielmente sus tradiciones y no permitirían que la princesa se enamorara de una persona que no pertenecía a la tribu. Sin embargo, la princesa y el español se dieron cuenta de que el sentimiento crecía con el tiempo y no se detenía ni por un segundo. Al ver que no se podían olvidar el uno del otro, comenzaron a encontrarse en las faldas de un cerro. De este modo comenzaron un gran amor. No les importaba en absoluto lo que los demás pudieran llegar a decir. Estaban completamente enamorados y querían pasar juntos todo el tiempo. Si de ellos hubiera dependido, se habrían casado, pero en el fondo sabían que por mucho que se amaran no



podrían estar juntos. Los obstáculos que existían les hacían imposible gritar su amor al mundo entero.

Orolonco sentía una profunda pena. Sabía que nunca podría vivir su amor con el joven español. Cada vez que se reunían en las faldas del cerro conversaban acerca de lo lindo que sería arrancarse y vivir siempre juntos, mirando las estrellas. Una y otra vez Orolonco le pidió que se escaparan, pero el joven le confesó asustado que él quería seguir buscando tierras para conquistar, por lo que se ausentaría durante mucho tiempo. Orolonco sabía dentro de su corazón que no iba a poder soportar ese dolor, pero decidió vivir el momento y seguir feliz con el joven.

Pasado un tiempo, el grupo de españoles comenzó a decirle a Rodrigo que ya era hora de continuar con el viaje, ya que los heridos habían sanado. Debían seguir su camino por aquellas tierras que por tantos años venían conquistando y conociendo. Rodrigo trató de retardar la partida para estar más con su princesa, pero ya no pudo hacerlo más. Los soldados comenzaron a apurar al joven español, quien le pidió a Orolonco que lo esperara hasta que

la excusión terminara. También le dijo que apenas tuviese la oportunidad de escapar, lo haría. La princesa aceptó y, con el corazón hecho pedazos, dijo que lo esperaría todo el tiempo que fuera necesario. El joven español comenzó a cabalgar de nuevo junto a su grupo, desapareciendo entre los grandes montes.

Orolonco esperó. Miles de lunas pasaron y la princesa continuaba con la esperanza de ver un día al joven aparecer por entre los montes. Sin embargo, las lunas siguieron pasando y Orolonco sintió cómo envejecía día tras día, junto con su esperanza y su corazón. Decidió ir al lugar en donde se habían encontrado en secreto todos los días. Subió hasta la cima más alta para ver mejor si se acercaba su amor. Pasaron mil lunas más y el español no apareció. Con el corazón destrozado, la princesa comenzó a llorar y a llorar y nunca más bajó de aquella cima. Con sus lágrimas formó una gran vertiente que hoy aún fluye desde la cima del cerro, hoy llamado Orolonco. Desde ahí la princesa todavía espera al joven amado que juró venir a buscarla.

REGIÓN METROPOLITANA

LA TÚNICA DEL ANGELITO

Gonzalo Matías Peña Uribe
13 años
Colegio Francisco Andrés Olea
Quilicura
Primer lugar regional

El término del año escolar era el inicio de vacaciones en el campo en casa de mis abuelos en Pichidegua, Sexta Región. Ahí nos reuníamos tíos y primos para recorrer todos los recodos de la zona: cerros, ríos y potreros en busca de una nueva aventura. Por las noches en casa, al alero de una fogata, el abuelo tomaba un tizón encendido para prender su infaltable cigarro hecho de tabaco y hojas de choclo y nos contaba sus aventuras de niño, agregándole un toque mágico y espeluznante que nos hacía escuchar atentamente, conteniendo hasta la respiración para no interrumpir su relato.

Un día le comenté al abuelo que iba a tener un ahijado, el hijo de mi hermana. Él, masticando el tabaco de su cigarro lentamente, me dijo:

»Hijo, esa es una responsabilidad muy grande ante el niño y ante Dios; yo le voy a contar lo que le pasó a una madrina que no cumplió con su ahijado como Dios manda:

«En el Fundo de la Lauchas de San Roberto vivían doña Menche y don Cloro. Tenían sus años, pero Dios los premió dándoles un lindo niñito al que, por desgracia, quien le hiciera cariño, lo *ojeaba*. La

guagüita se enfermaba y ardía en fiebre; vomitaba todo lo que le daban, hasta la leche de su madre. No había remedio que esta madre no le diera: agüita de menta con paico, miel con natre, hasta el atadito para la diarrea le daba, pero nada curaba sus males. Con decirte que pesaba menos que cuando había nacido, y ya tenía como un año de edad.

»Para calmar sus males, doña Menche tenía que llevarlo a El Huique, donde vivía una señora medio bruja que santiguaba al angelito con rezos, palabras inentendibles y una cruz de palqui que pasaba en cruces por todo el cuerpo del niño. El ritual solo terminaba cuando de los ojos de la mujer brotaban lágrimas y entre suspiros decía haber expulsado los malos espíritus, recomendando poner cruces de palqui en todas las puertas y ventanas de la casa para evitar que el niño fuera *ojeado* nuevamente.

»Un día *lo fue a verlo* su vecina, doña Perpetua. Al ver al angelito dijo: «Esta guagüita no es *pa'* este mundo, doña Menche; tiene que bautizarla *al tiro*, vecina, antes de que se nos vaya y se quede en el purgatorio pagando los pecados de sus padres. Vamos a hablar con el curita y yo voy a ser *mairina*». Así se hizo. De madrugada enyuntaron los bueyes a la carreta



y partieron a la iglesia a bautizar al niño; pero esa misma noche murió la guagüita. Se le avisó a su madrina para que le llevara la túnica. Doña Perpetua pensó: “Si voy a Pichidegua a comprar unos metros de percala, voy a demorar mucho”. Recordó que tenía un vestido blanco que se había puesto un par de veces, así que... manos a la obra. Lo descosió y empezó a coser una hermosa túnica. De una caja de cartón cortó dos alitas que forró con los restos del género y se lo llevó a su ahijadito. Le pusieron la túnica con sus alitas al angelito, lo sentaron en una sillita con una flor entre sus manitos y lo pusieron en una mesa llena de flores blancas, como el alma de los angelitos. Vinieron cantores a lo divino de Caleuche, Los Yuyos... hasta de Santa Cruz creo que vinieron. Le cantaron toda la noche, hasta cuando lo fueron a enterrar.

»Resulta que la madrina, doña Perpetua, se murió el mismo año; ni siquiera alcanzó a confesarse con el cura. Cuando llegó al cielo, el Señor, junto a su corte de angelitos, la juzgó y por sus pecados la condenó al infierno, al fuego eterno. Apenas la vio, su ahijadito la reconoció y llorando le suplicó al Señor que salvara a su madrinita. Con su inmensa bondad y sabiduría el Señor le dijo: “Te autorizo para que salves a tu madrina, sacándola del fuego

eterno”. El angelito se acercó lo más que pudo al fuego y con sus manitos extendidas trató de tomar a su madrina, la que lanzaba manotazos para aferrarse a su ahijado. En cada intento por salvarla, el niño le decía a su madrina: “Tómate de mi túnica, madrina”. Pero cuando la mujer se tomaba de la túnica, esta se desgarraba en jirones. El niño lloraba por no poder salvar a su madrina, lo intentó tantas veces que quedó sin ni un pedazo de su hermosa túnica, mientras veía con desesperación cómo su madrina era consumida por el fuego.

»El Señor se acercó al niño que lloraba desconsoladamente y, acariciándole su cabellera, le dijo: “Hijito mío, no te aflijas. Tu madrina vivió siempre en pecado, no cumplió con mis mandamientos. Tú fuiste su última oportunidad de cambiar su vida en la tierra, pero fue tacaña hasta contigo al regalarte una túnica de un género viejo. Si hubiese sido un género nuevo, no se habría roto cuando intentaste salvarla; pero mírate, ahora nuevamente tienes alitas y una túnica nueva y resistente”».

—Abuelito, ¿sabes? No voy a ser el padrino de mi sobrino; voy a esperar hasta cuando sea más grande y pueda trabajar para tener dinero y cuidar a mi ahijado como Dios manda —respondí.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

DON CENOBIO, EL HOJALATERO

José Galo Palominos Moya

11 años

Escuela G-496 Valdebenito

Las Cabras

Primer lugar regional

Un día me dijo mi mamá que mi tata Gustavo le contaba historias sobre los días cuando él atravesaba el río en la pequeña embarcación que había en Las Balsas, lugar que ahora ocupa el Lago Rapel. En esos tiempos, la gente usaba ese medio de transporte para cruzar el cauce que dividía Lllallauquén, Las Balsas, El Estero y El Huecún de los poblados de San Rafael y La Estrella. Mi tata cruzaba muy seguido en balsa, ya que iba a comprar y también a vender cosas que él cultivaba, las que trocaba por otras que no tenía. Entre tanto ir y venir, una vez se encontró con algo que tenía muy preocupado a todo el mundo, especialmente a las personas de San Rafael.

Una joven muy hermosa, la niña más linda del lugar, estaba volviéndose loca. Nadie lo podía creer. La muchacha se paraba a los pies de un espino y de ahí nadie la podía sacar. Contaba la gente que esto le estaba sucediendo a diario debido a que un hojalatero, al que todos llamaban don Cenobio, había pasado por su casa un día. Este hombre recorría todos los lugares cercanos tapando los hoyitos de los artefactos que se rompían en esos tiempos: ollas, lavatorios, lecheros, bacinicas y muchas otras cosas.

Cuando llegaba a una casa a ofrecer sus servicios, al hojalatero le gustaba pedir comida antes de comenzar sus trabajos. A la gente que no le daba, siempre le pasaban cosas extrañas, por lo que se había corrido la voz por todos los lugares de que este don Cenobio era un tipo extraño.

Bueno, sucedió que este hombrecito llegó un día a la casa de esta hermosa niña. Ella atendió la puerta y él ofreció sus servicios de hojalatero.

—¡Oye, niña! Dile a tu mamá que llegué y que vengo a taparle los hoyitos a todas las cosas rotas que tengan por ahí. Pero antes, que me dé un platito de comida, que ya me muero de hambre.

—Voy a preguntarle a mi mamá si tiene comida *pa'* darle.

Cuando la niña volvió, traía en las manos un plato de porotos que olían muy ricos, pero llegó y se los tiró en el suelo. Don Cenobio se enfureció.

—¡Oye, niña! Yo no soy perro. ¡Esto me lo vas a pagar!



Y se marchó furioso; echaba espuma por la boca de la furia que tenía. Y desde entonces la niña se sintió atraída por el espino y no salía de ahí aunque la tiraran. Todos intentaron sacarla, pero ella estaba como encantada en ese lugar, como si una fuerza extraña la mantuviera aferrada al espino. Aterrorizados por lo que le había sucedido a su hija, sus padres acudieron a todos los *meicos* del lugar y de las localidades vecinas. Pero nada. Hasta llevaron al curita para que la bendijera y con su fe la sacara del lugar.

Pasó el tiempo y a la niña le creció tanto el pelo y las uñas de las manos y de los pies, que se le aferraban a la tierra como raíces que querían hundirse en la tierra. Todos la iban a mirar, le llevaban alimento y ella comía como animalito. Su familia y los lugareños le hicieron un techo para que se cobijara del frío y la lluvia del invierno.

Un día fue tanta la desesperación de sus padres, que llevaron a una gitana que había llegado a un pueblo vecino. Con su fuerza y fe, la gitana le hizo una

sanación y la sacó del lugar. Fue tanto el esfuerzo que la mujer hizo en su lucha contra el mal, que al cabo de unos días murió. Sin embargo, la niña se fue recuperando de a poco y con el tiempo volvió a ser la jovencita hermosa que era.

Desde ese día todos le temieron a don Cenobio, ya que finalmente se había comprobado por esos lugares que el hojalatero era muy extraño y que tenía algunos poderes para hacer daño a la gente que lo trataba mal.

Un día cualquiera, pasados los años, este hombrecito apareció muerto al pie de un espino muy pequeño, camino a la Loma de Llallauquén. Nadie supo nunca de qué había fallecido, solo que estaba bajo el espino. Algunos cuentan que se había ahorcado, pero lo extraño es que en un espino tan chiquito nadie podría haber hecho una cosa como esa. Con el tiempo, la gente le hizo una grutita en la que hoy los lugareños le encienden velitas muy seguidas, en recuerdo de su animita y para que el Señor lo reciba en su reino.



REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL VIEJITO CHIQUITITO

José Galo Palominos Moya

11 años

Escuela G-496 Valdebenito

Las Cabras

Segundo lugar regional

Me cuenta mi mamá que mi tata Gustavo le contaba a ella que en aquellos viajes que él hacía a San Rafael, cruzaba la balsa por lo que en esos tiempos se conocía como el río Rapel, actual lago Rapel. Mi tata Gustavo iba a San Rafael a vender productos que cultivaba acá en La Guañanga, los que cambiaba por las legumbres que cultivaban los sanrafaelinos y los estrellinos.

Un día, después de haber atravesado el río en la balsa, comenzó a caminar hasta llegar a la casa más cercana, en la que se alojaba. En las soledades de ese campo seco, los sembradíos de trigo de rulo y lentejas amarillaban esperando la trilla a yegua suelta, a punto de ser cosechados. El sol estaba por esconderse entre los cerros y el mar y la noche empezaba a cubrirlo todo con su manto. Cuando le faltaban unos pocos kilómetros para llegar, un chonchón le cantó de pronto por encima de su cabeza.

A él le había enseñado su abuela que si estos pájaros le cantaban, no tenía que decirles nada; debía quedarse calladito e ir corriendo a juntar bostas secas de caballo o de vaca para colocarlas amontonaditas junto a unos palitos de leña. Una vez amontonadas,

debía seguir el camino. Eso era señal de que el brujo o bruja que andaba volando en esos momentos le iba a pagar después con un favor; pero lo más importante: no debía contarle nada de lo sucedido a nadie. Mi tata Gustavo siguió las indicaciones de su abuela y continuó su camino hasta que llegó a la casa donde se alojaba. No le contó a nadie lo que le había pasado.

Pasó la noche y al otro día se levantó tempranito para ir a las carreras a la chilena que se hacían en San Rafael, porque a mi tata le gustaba apostar a los caballos para probar suerte, cosa que no le sucedía hace tiempo. De repente, se le apareció un viejito un poco extraño que le tocó el hombro y lo saludó muy amablemente.

—¡Oiga, buen hombre! ¿Va a apostar a ese caballo? Ese no va a ganar, apuéstele a esa yegua, esa sí que va a ganar.

Mi tata lo quedó mirando y le dijo:

—Esa no gana nunca. El mes pasado yo le aposté y perdí toda mi platita, así que ahora le apuesto al caballo.



—¡Puchas que es porfiado! Le estoy diciendo que le apueste a la yegua cariblanca. Ya verá, va a ganar. Se lo digo yo, que sé mucho de carreras.

—¿Y por qué me dice esto? Si usted ni me conoce.

—¡Mire! Usted anoche me ayudó y yo le estoy muy agradecido por lo que hizo por mí. Por eso ahora le quiero pagar el favor. Apuéstele a la yegua cariblanca y... ¡Ya verá! —le respondió el viejito chiquitito, desapareciendo entre la gente en un dos por tres. Mi tata Gustavo le hizo caso y cambió su apuesta a la yegua cariblanca y ésta ganó la carrera.

Mi tata saltaba de contento porque por primera vez había ganado y podría comprar más de las legumbres, sal y cochayuyo que los sanrafaelinos traían de la costa sobre el lomo de las mulas, el único medio de transporte que había en esos tiempos por esos lugares.

Con la platita ganada en la apuesta, mi tata pudo traer cositas para mi mamita Flor y para sus siete hijos que le esperaban en La Guañanga. Como enseñanza le quedó que siempre que le cantara un chonchón, como le decimos, le hiciera un montoncito con bostitas y palitos para probar suerte en las apuestas.



REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA LLORONA

María Loreto Carrasco Pávez

14 años

Colegio Santa María Goretti

Rancagua

Tercer lugar regional

Me quedé pensando en lo que decía mi abuela mientras desgranaba porotos.

—¿Y qué escuchaste entonces, Rosa? ¿Miraste por la ventana? —preguntó, mientras miraba con grandes ojos a la chica que le ayudaba.

¿Qué era aquello de lo que hablaban? Me fui a dormir, aunque en realidad me retiré obligada, porque a mi abuela no le gustaba que me quedara despierta hasta muy tarde.

Pasada la medianoche un viento fuerte me despertó y me dio un gran susto. Me senté en la cama e intenté encender mi lámpara, pero no sirvió de nada, ya que no había luz. Busqué mi celular y descubrí que no había señal. Usé la linterna del celular para poder iluminar un poco mi habitación y de pronto sentí un ruido extraño, como pasos que se acercaban a mi cuarto lentamente. Creí que se trataba de mi abuela, por lo que lancé el celular lo más lejos que pude y me tapé rápidamente con las sábanas. Pasaron los minutos y nada... ninguna señal de vida... nada más que silencio.

Me armé de valentía, tomé mi celular nuevamente y salí de la habitación. Caminé lentamente, intentando no hacer mucho ruido. De esta forma me acerqué al

cuarto de mi abuela y abrí la puerta. Lo único que logré ver fue a mi abuela recostada, durmiendo profundamente. Salí del cuarto y me acerqué al cuarto de Rosa, pero ella dormía profundamente también. Si todas las personas de la casa estaban durmiendo, ¿qué fue lo que había escuchado?

Me quedé cinco segundos dándole vueltas en mi cabeza a esa pregunta, cuando algo me interrumpió: nuevamente esos pasos, pero ahora provenían del primer piso. Esta vez venían acompañados de un extraño llanto. Sinceramente, me asusté mucho y corrí de vuelta a mi cuarto. Cerré la puerta y de un salto llegué a la cama, tomé mis audífonos casi temblando, me cubrí con las sábanas y, a pesar del susto, me dormí. Debí haber pasado toda la noche en la misma posición, porque al despertar seguía tal cual me había dormido.

Bajé a tomar desayuno. Me senté en la mesa frente a mi abuela y mientras Rosa servía la mesa, decidí contarle lo que había pasado la noche anterior.

—Abuela, anoche sentí pasos acercarse a mi cuarto; creí que eras tú, pero como no entraste, salí a investigar. Fui a tu habitación y a la de Rosa, pero ustedes dormían profundamente. Eso no fue todo:

escuché ruidos desde acá y a una chica llorando.

—Pero... ¿de qué hablas, hija? Yo no escuché nada... ¿Estás segura de que no era un sueño?

—Sí, abuela, estoy completamente segura de que lo que pasó no fue un sueño —le contesté. Yo sé que a pesar que estaba diciendo la verdad, mi abuela no lograba creer ni una sola de mis palabras.

Llegó la tarde. Rosa y mi abuela se fueron a la iglesia para ayudar a los más necesitados y entretenerse un poco. Me quedé completamente sola, así que decidí subir a mi habitación para pasar el rato. Tomé la computadora y me recosté en mi cama. Pronto y sin quererlo, me dormí.

Desperté cuando ya estaba oscuro. Bajé para comer algo, tomé un chaleco y, como cada sábado después de la iglesia, me fui a buscar a la abuela y a Rosa para así no aburrirme tanto en la casa y poder tomar aire un segundo. La casa de mi abuela estaba rodeada de árboles; estos le daban un toque tenebroso de noche, pero uno muy lindo los días de verano. No había mucha luz que alumbrara mi camino, así que nuevamente mi celular me salvó la vida con su linterna.

Estaba casi llegando a mi destino cuando nuevamente escuché pasos detrás de mí, acompañados de un leve llanto que sinceramente caló mis huesos. Me di la vuelta disimuladamente, pero la oscuridad no me ayudó mucho. Con los segundos, mi miedo y desesperación fueron aumentando. Corrí, corrí lo más rápido que pude hasta llegar a los brazos de mi abuela, ya que con ella me sentía segura. Unas pequeñas lágrimas salieron de mis oscuros ojos.

—Sentí miedo, abuela. Lo siento —dije entre sollozos.

—No te preocupes, hija mía —exclamó ella acariciando mi cabello.

Salimos de la iglesia y nos fuimos caminando directamente a la casa. Cuando íbamos a mitad de camino, algo interfirió nuestro silencio. «¡Mis hijos! ¡Mis hijos!», se escuchaba a alguien decir a nuestras espaldas, sollozando muy tenebrosamente. Esta vez, mi abuela se aferró a mí.

—No te des vuelta, continúa caminando —me dijo al oído. Eso me asustó un poco... ¿Un poco? En realidad estaba muerta de miedo y comencé a temblar.

—¿Abuela? ¿Qué es eso? ¿Quién es ella?

—Ella es una mujer que perdió su mayor tesoro, de la peor forma.

—¿Tesoro? —pregunté.

—Sí, tesoro para toda madre. Los hijos son el mayor tesoro. Creí que sabías de su existencia.

—No, abuela. Nunca había escuchado algo sobre ella.

—No sabes cuánto siento que lo hayas hecho de esta manera.

Al mencionar esas palabras, comenzaron a pasar cosas raras: el aire se volvió más frío y denso y el llanto de la mujer se hizo más fuerte. Fuerte. Hasta que de pronto y de un segundo a otro, todo esto cesó.

Yo creí que esto era el final, pero no era más que el comienzo.



REGIÓN DEL MAULE

EL RÍO DEL MORRO

Estefanía Alejandra Andrades Pérez

9 años

Escuela Carreras Cortas

Chanco

Primer lugar regional

Había una vez, en un sector rural, un hermoso cauce llamado el Río del Morro. Era muy visitado durante todo el año y mucho más en los meses de verano. Estaba rodeado de bosques de aromos y sobre él pasaba un puente empedrado muy grande por el que las personas cruzaban en vehículo al sector Las Toscas. Muchos iban también al río a pescar peces. Las señoras iban en carreta con sus maridos e hijos para lavar lana de oveja, ropa, cubrecamas y frazadas. Con la lana de oveja ya limpia, hacían hermosos colchones. Los habitantes que vivían cerca de este maravilloso afluente también iban a buscar agua, ya que había mucha sequía en el sector. De la misma forma, llevaban a sus animales a tomar agua allí. Era un lugar muy tranquilo que estaba en contacto con la naturaleza. Muchos pajaritos cantaban en el río y se podían encontrar ranas, sapos y peces en él. Veraneantes provenientes de diferentes ciudades lo visitaban y llevaban sus carpas para quedarse varios días disfrutando a sus orillas. Hacían sus asados y compartían en familia.

Cada 25 de diciembre, en el sector de Rary, que se ubica cerca del Río del Morro, se celebraba la Navidad. Había un santito muy milagroso llamado igual que

el sector: el Santito de Rary. Era muy concurrido por fieles que venían a conocerlo y a pagar sus mandas. Esto lo hacían *a pie pelado*, de rodillas y llevando velas. Se hacía una procesión, se rezaba al santito y había grupos folclóricos que cantaban y bailaban cueca en su honor. Las personas iban al Río del Morro a almorzar después de haber pagado sus mandas en el sector de Rary.

Tiempo atrás me contó mi abuelito que en el Río del Morro hacían unas ramadas muy grandes. Los visitantes tocaban guitarra, hacían fiestas y todos lo pasaban muy bien. Los peregrinos que iban a pagar sus mandas al Santito de Rary pasaban a las ramadas a disfrutar de ricos almuerzos, buena atención y hermosos bailes. Luego seguían viaje a sus destinos.

Don Henríquez Meza era un caballero muy conocido en el sector de El Morro. Vivía al lado del río. Era un payador muy entretenido y sabía muchas historias. Él era el salvavidas, ya que sabía nadar y conocía muy bien las corrientes y los lugares peligrosos del cauce. Don Henríquez también había salvado a personas de morir ahogadas. Al río llegaban también camiones con retroexcavadoras a buscar materiales

áridos: arena y ripio para construir casas. Cada vez que llegaban, se entretenían mucho con las historias que contaba don Henríquez Meza.

Un día muy lluvioso de invierno, el río llevaba mucha agua proveniente de los cerros, por lo que se cortó el camino y las personas no pudieron pasar a sus casas. Era el mes de julio. Don Osvaldo, un señor ya de edad, agricultor casado y con hijos, fue a ver sus animales que estaban en el río. Sin embargo, había llegado tarde; ya nada se podía hacer. Los animales se habían ahogado. Don Osvaldo había perdido todo su ganado. En vano se metió al río en su hermoso caballo negro llamado Lucero. También se ahogó junto a su animal. Luego llegó su familia al Río del Morro; desesperada, no podía creer lo que estaba sucediendo. Al cabo de unas horas llegaron los bomberos y los carabineros de la comuna de Chanco a sacar los cuerpos ya sin vida de don Osvaldo y de sus animales.

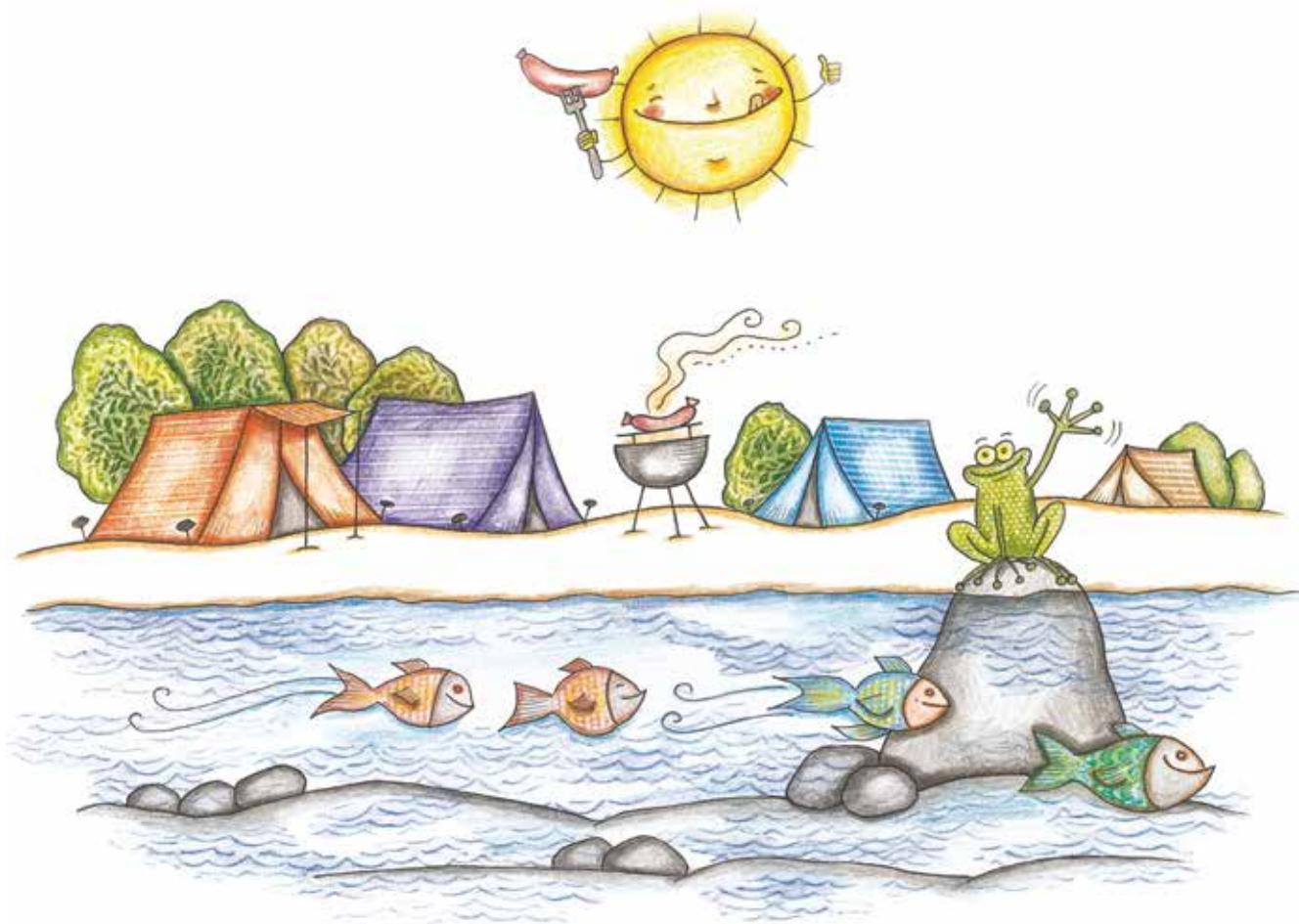
Años después, algunas personas que fueron a acampar al río en la noche escucharon muchos gritos desesperados pidiendo auxilio. Era el Osvaldo que pedía ayuda por él y por los animales que con tanto sacrificio había criado para vender y comprar suministros para alimentar a su familia. Desde ese invierno tan cruel, en el que llovió como nunca antes, ya nada fue lo mismo. La gente tuvo mucho miedo de andar por el río tarde en la noche, ya que se decía que se escuchaba la voz de un hombre desesperado pidiendo ayuda y bramidos de animales. La familia de don Osvaldo siempre dijo que un gran hombre como él nunca se olvida. Solo aprendieron a vivir sin él, recordándolo por siempre.

Mi abuelito me contó también que muchos años atrás vivía al pie del río la señora Rebeca, una viuda que tenía cuatro hijos; dos mujeres y dos hombres. Todos ellos eran menores de ocho años. Un día de verano llegó mucha gente a vacacionar al río y todos los niños jugaron con las personas que se encontraban ahí. Al día siguiente desapareció Violeta, la niña más pequeña. Todo el sector la buscó, pero nadie daba con su paradero.

—Yo vi cuando a mi hermana Violeta se la llevaban unas señoras que nunca había visto —dijo Juanito, el hermano mayor.

Nada se supo con el pasar de los días. La señora Rebeca lloraba día y noche junto a sus tres pequeños niños. Seis años después, sin embargo, volvieron los veraneantes al Río del Morro y vieron venir a Violeta junto a las señoras que se la habían llevado. La muchacha ya era una adolescente de 14 años. Su madre estaba en el río junto a sus hermanos lavando ropa. Al verla llegar, fueron corriendo donde ella. La niña no se acordaba mucho, pero Violeta, sus hermanos y su madre se abrazaron. Las señoras que se la habían llevado le pidieron perdón a la señora Rebeca y le explicaron que lo habían hecho porque a ellas se les había perdido una hija de esa edad. Sin embargo, la señora Rebeca nunca las perdonó. Violeta volvió al campo junto a su familia.

Un día la muchacha salió por el bosque a buscar leña para llevar a su casa y ayudarle a cocinar a su madre. Unos jóvenes andaban cazando conejos con perros. Sus nombres eran Osvaldo, de 18 años, y Fabián, de 15. Violeta se enamoró de Osvaldo. Todos los fines de



semana se veían en el río. Meses después Violeta le contó a su madre Rebeca que había conocido a un joven llamado Osvaldo con el que se querían mucho y se iban a casar. La señora Rebeca se negó a esta relación, porque eran muy jóvenes. Una noche, Violeta y Osvaldo se escaparon y se fueron muy lejos a vivir a la ciudad. Dos años después viajaron al campo a visitar a sus familias. Para entonces ya tenían un bebé muy chiquito llamado Osvaldo. La señora Rebeca le pidió disculpas a su hija y todos fueron muy felices por siempre.

En el mes de julio, cerca del Río del Morro, había vegas en las que se cultivaban productos como papa, trigo, porotos, chícharos, lentejas y maíz. En estas vegas había muchos camarones. La gente concurría hasta ahí en bicicleta, a caballo y en vehículo para buscar los camarones, que eran muy ricos. Cerca del río también habitaba la familia Lastra, que era muy unida. Estas personas vivían de los cultivos que realizaban en el campo. También iba un furgón a buscarlos para la cosecha de frutilla. Era gente muy trabajadora y sencilla.

Las hermanas Lastra, la señora Rosita y Cecilia, eran madres solteras muy luchadoras por sus hijos. La señora Rosita tenía a su hijo estudiando en la escuela Carreras Cortas, de primero a octavo básico. Se iría luego a estudiar su enseñanza media a la ciudad de Cauquenes. José Luis, el hijo de la señora Cecilia, era un niño muy divertido que ayudaba en todo a su madre y cursaba cuarto básico en la misma escuela. Decía que quería seguir estudiando para ser un profesional y ayudar a su familia.

Las personas que vivimos en el campo tenemos una vida muy linda y tranquila, pero hay que trabajar duro; levantarse temprano para ayudar a nuestros padres, salir en busca de la leña, ver los animales, ayudar en las siembras y después limpiarlas, ir a buscar agua. Después, en la temporada de verano, viene todo el trabajo de la cosecha. Por ejemplo, cortar el trigo, amarrarlo y llevarlo en carreta a la era para poder trillararlo con los caballos.

La vida en el campo es muy sacrificada. Mientras en el verano la personas de la ciudad salen de vacaciones a la playa y al campo para descansar, la gente de campo realiza todos los trabajos para poder alimentarse, guardar los productos para el invierno y también vende otros productos para comprar la mercadería y ropa. Así es la vida del campo, trabajo tras trabajo; las mujeres en sus casas lavando, cocinando, criando a sus hijos y ayudando a sus maridos en todo lo que sea necesario, mientras el esposo lucha duro en la tierra para poder tener su sustento, para que sus hijos estudien y sean mejores personas, profesionales, de los cuales se sientan orgullosos. Es muy difícil para algunas personas en el campo ir a estudiar lejos, porque no hay dinero y, a veces, sus padres se enferman de tanto trabajar y tienen que quedarse cuidándolos. Son muy pocos los jóvenes de campo que tienen la opción de estudiar, muchos se quedan acá, trabajando la tierra al correr del tiempo. Pero es una vida sana. Me gusta el campo.

REGIÓN DEL MAULE

LA PIEDRA CASAMENTERA DE LOS ENAMORADOS

Valentina Antonia Espinoza González

12 años

Instituto Regional del Maule

San Javier

Segundo lugar regional

Hace muchos años, en Constitución, una pareja de jóvenes amantes no podía estar junta por problemas entre sus familias, como Romeo y Julieta. Al no soportar más esa incómoda situación, decidieron estar juntos, pero más allá. Si no podían amarse en vida, lo harían en la muerte.

Una noche de invierno se dirigieron a los roqueríos y subieron a la piedra más alta del sector. Una vez en la cima se juraron amor eterno, se abrazaron, se besaron y se lanzaron al vacío tomados de las manos.

Los cuerpos nunca fueron recuperados, como si el mar hubiera sido cómplice de la pareja y los hubiera ayudado a estar juntos. Desde ese día se pueden apreciar dos perfiles en las rocas, el del hombre y el de la mujer, para siempre unidos.

En una oportunidad un brujo conocido de la zona quiso volver a la vida a la pareja con un hechizo, pero no pudo. Sin embargo, el hechizo —compuesto por varios brebajes de amor— quedó esparcido por toda la piedra. Desde ese día, se cuenta, la pareja de enamorados que pase por debajo del arco y se dé un beso, se casará en el transcurso de un año y tendrá hijos sanos.





REGIÓN DEL MAULE

LA CAMPANA DEL RÍO LONGAVÍ

Génesis Rebeca Rodríguez Montecino

13 años

Escuela Gabriel Benavente Benavente

Longaví

Tercer lugar regional

Hace muchos, muchos años en el valle central de Chile se estableció una congregación religiosa, la Compañía de Jesús, que tenía el propósito de evangelizar a los habitantes de Chile. Se afincó en casonas patronales durante 174 años. Sus miembros vivían como verdaderos terratenientes, hasta que al Gobernador de Chile y también administrador de la congregación, el Brigadier Antonio Guill y Gonzaga, le correspondió la difícil misión de decretar su desalojo de nuestras tierras, el 26 de agosto de 1767, por oponerse a las libertades públicas en boga en la época. Por lo menos, eso fue lo que me contó mi abuelo y a él se lo había contado su abuelo.

Mi abuelo es una de esas personas que dice que un pueblo es lo que su gente hace y que lo que la gente hace, hace grande a un pueblo.

—Longaví es el pueblo donde vivimos y no es un pueblo con historia —me repetía cada vez que conversábamos—. La única historia que tenemos es aquella vieja campana que se esconde en el fondo del río Longaví.

—¿Qué campana, abuelito? —le pregunté con un dejo de curiosidad.

—Esa campana de oro que escondieron los jesuitas cuando los expulsaron del territorio. Yo la vi cuando tenía tu edad, una vez que fuimos a nadar al río. Es resplandeciente como el sol que brilla en el cielo y sólo las almas puras y limpias pueden verla. Tiempo después la quise volver a ver, pero ya era tarde, pues el pecado había cubierto mis ojos y nunca volví a verla.

Lo que mi abuelo me dijo me intrigó mucho y me dediqué a buscar información sobre la historia de la campana del río Longaví en bibliotecas y diversas fuentes acerca de los jesuitas. Sin embargo, nadie podía decirme en realidad lo que esto significaba, aun cuando yo vivo a pocos kilómetros de este río.

Los jesuitas se dedicaron a educar, misionar y también a producir vinos, cultivos, quesos, carnes y otras muchas cosas. Uno de los productores, Juan Ignacio Molina, destacó entre los otros. Este insigne abate había nacido en la zona campesina de Linares y se había dedicado por completo a la investigación y observación de la naturaleza. Había escrito la historia de Chile más bella, pero de la campana, nada.

Cuando los jesuitas fueron expulsados, tuvieron que llevarse consigo sólo una parte de sus pertenencias,

que eran innumerables. Habían logrado tener muchas tierras, fundos, escuelas, esclavos negros y una gran cantidad de oro. Cuando se estaban yendo de Concepción, en el momento que cruzaban el río Longaví, fueron asaltados por desconocidos. Según algunos, fue ahí que perdieron la campana en el fondo del río. Según otros, los indios les robaron la campana, arrojándola al río para que no continuaran evangelizando en tierras indígenas. Según mi abuelo, ellos la escondieron para volver posteriormente por ella. Cuentan que sólo un jesuita la puede rescatar desde el fondo del río en el mes de agosto.

De cualquier modo, mi abuelo aseguraba haberla visto como se ve al sol. Otros abuelitos a los que les pregunté también coincidían. Me fui hasta el lugar descrito y quise averiguar lo relatado. Con mis amigas Belén, Camila y Bárbara la buscamos por mucho tiempo, sin encontrar nada. Pensamos que mi abuelo y los otros abuelos sólo contaban algo que habían escuchado, pero cuando nos disponíamos a marcharnos, después de ya haberle dado la espalda al río y haber avanzado algunos metros, sentimos los toques tristes de la campana, desde el fondo del río. Nos miramos en silencio y, sin decirnos nada, nos echamos a correr.



REGIÓN DEL BIOBÍO

NAVEGANTES DEL DESIERTO

Geraldine Aracely Chávez Fuentes

11 años

Escuela María Teresa Marchant Contreras

Coelemu

Primer lugar nacional

Todos los chilenos habrán oído hablar de la sequía en el Norte Chico. Pero una cosa es oírla y otra muy distinta es vivirla. Aquí muchos no han visto nunca el mar y menos han conocido un barco, ni siquiera un bote. Cuando le hablaban de esas cosas a Tapia, siempre decía: «Me moriré y no lo veré». Y así fue. Murió relativamente joven, a causa de una pulmonía contraída en el último invierno grande, hace más de veinticinco años, dicen.

El puente antiguo se lo había llevado el río con las crecidas de las lluvias y, para cruzar el cementerio, cuatro voluntarios tuvieron que meterse al agua, con el ataúd al hombro. Ya fuera por la poca costumbre de los combarbalinos de cruzar ríos, o por su mucha costumbre de beber en los velorios,

lo cierto es que uno de los angarilleros se tropezó y cayó... ¿Y Tapia?

¡Imagínenselo! Adentro de su cajón de madera se fue río abajo, dando tumbos entre las piedras, en medio de la desesperación de los deudos, amigos y curiosos. Mucho costó sacar del agua a Tapia y meterlo en la tierra, dándole cristiana sepultura.

De vuelta en el “Quita Penas” de calle La Unión, sus amigos discutían si así se habría cumplido su profecía de morir sin navegar. Pero lo que el finado no supo fue que a él sí lo vieron todos como el primer y único navegante de estos desiertos y del río Combarbalá, que cada diez años ocupa con sus aguas el lugar que las piedras peladas por el sol le guardan desde el comienzo de los siglos.



REGIÓN DEL BIOBÍO

LA LEYENDA DE LA BALLENA

Osvaldo Enoc Fierro Pino
12 años
Escuela Particular Aillinco N° 234
Tirúa
Primer lugar regional

Antes de la formación de Chile, cuando los indígenas dominaban la zona de lo que hoy es Tirúa, en la Octava Región, vivía allí un hombre que se llamaba Capro y que amaba mucho a los animales, en especial a los que vivían en el mar.

Un día, mientras en la tierra había regocijo por las guerras ganadas a los españoles, en el mar la ballena madre daba a luz a una ballenita pequeña. En una ocasión, la ballena fue a la orilla para ver lo que estaba pasando, ya que había escuchado unos ruidos fuertes y grandes chillidos. Entonces se dio cuenta que Capro había caído al mar desde gran altura, quedando inconsciente. Por fortuna no murió, ya que la ballena se lo tragó y luego lo escupió en un lugar seguro, salvándolo de morir ahogado. Si bien esta ballenita usó un método bastante raro y asqueroso, había logrado salvarlo y él estaba agradecido de ese acto de generosidad por parte del enorme animal.

Desde ese día, y por ser su salvadora, Capro la consideró su amiga, por lo que de vez en cuando le daba un pedazo de carne. Poco a poco se forjó una hermosa amistad que perduró por mucho tiempo.

Un día, sin embargo, la dejó de ver. Capro no se alarmó, ya que podía ser que por hambre hubiera tenido que ir a comer más lejos. Esa noche el joven no durmió pensando en qué habría sido de su ballena.

Al salir el sol fue a la playa y gritó un par de veces el nombre de su amiga —que se llamaba Taquén—, pero no pasó nada. Ahí sí se alarmó y, al verse impotente, se fue. Al llegar a la aldea, el cacique lo mandó directo a la guerra.

Mientras el joven viajaba a la ciudad de Cañete para destruirla, su mascota marina nadó a la orilla en la que había oído su voz para entregarle un regalo: una perla de gran belleza que había encontrado en el fondo del mar. Sin embargo, el muchacho que antes la había llamado tanto desde la playa, ahora no estaba allí. Estaba muchos kilómetros más al norte.

El amigo de Taquén luchó incansablemente en la guerra, pero murió en la lucha sin poder despedirse de su enorme amiga marina. Desde ese día las ballenas, que conocen la tristeza de Taquén, visitan nuestras aguas y buscan en cada rincón del país, para ver si el amigo de Taquén aún está aquí.



REGIÓN DEL BIOBÍO

EL CHERRUFE

Camilo Manuel Paine Figueroa

9 años

Educación en el Hogar

Santa Bárbara

Segundo lugar regional

Este cuento ha sido transmitido de generación en generación por los abuelos de mi pueblo pewenche y hoy se los voy a contar. Los abuelos contaban que antiguamente existía un extraño animal volador similar a un dragón. Vivía, y quizá aún vive, en algún lugar de la cordillera al que el ser humano no puede llegar. Son lugares muy peligrosos por su altura, de ahí la dificultad de llegar a ellos. Quienes han visto al animal dicen que vuela, tiene alas y que por la boca tira fuego; es decir, abre su boca y aparece la llama de fuego. Su cola grande tiene forma de lanza.

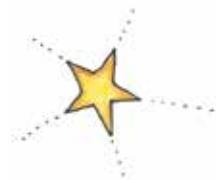
Desde hace muchos años, los abuelos cuentan que al Cherrufe se lo ha visto volar de una cordillera a otra. Los *peñis* lo veían cuando salían a *piñonear* a lugares alejados y en las zonas altas. Nadie lo ha visto de cerca, pero sí lo han visto volar. Dicen los abuelos que parecía un animal extraño.

En mi comunidad, llamada Butalelbun, el Cherrufe anida en las altas cumbres de Chanchuco, más arriba de los bosques de *pewen*, nuestro árbol sagrado. Cuentan que vive en cuevas muy alejadas de las *rukas* de nuestros *peñis* y *lamnien* y que se le

puede ver principalmente entre los meses de enero y marzo en las despejadas y estrelladas noches del verano, cuando nuestro pueblo cosecha el trigo, que luego es cortado con echona y trillado con yegua y caballos, *aventándose para separarlo de la paja*. Mi *papai* nos contaba:

—Estaba yo cuidando la era con trigo para que no se la comieran los cerdos, cuando con la claridad del cielo iluminado por la luna llena apareció la figura de un animal con cola larga. Por la boca tiraba fuego. No se distinguía si era un ave o un animal. Así pude comprobar lo que decían los antiguos...

El Cherrufe se alimenta de la sangre de los animales; la chupa sin hacer daño, absorbiéndola sin dejar ni un rastro. Caza en la noche para que no lo vean directamente y así mantener su identidad oculta. Hasta ahora nadie ha visto de cerca a este dragón de fuego (*kutral* en nuestro idioma).



Los pewenches asocian la llegada del Cherrufe a la mala suerte. Es un mal augurio, puesto que pueden ocurrir sucesos malos como la muerte de personas, temblores y terremotos, enfermedades graves, entre otras cosas. Cuando aparece se dice que ocurren cosas malas para la vida de la comunidad. Era temido por los *peñis*.

Lamentablemente, el Cherrufe se fue de las comunidades por los cambios en la vida cotidiana de los habitantes de nuestras tierras. La iluminación de la luz eléctrica, el sonido de los autos y los caminos han hecho que pocos lugares se conserven como en la antigüedad. Hoy en día ya prácticamente no se ve al Cherrufe.



REGIÓN DEL BIOBÍO

EL DIABLO QUE COMÍA TRIGO

Belén Cristell Ulloa Cereceda
11 años
Escuela Básica Quebrada Las Ulloa
Florida

Tercer lugar regional

Esta historia me la contó mi abuelita que se llama Graciela. En el sector llamado Quebrada Las Ulloa, donde ella y su familia vivían, se contaba que se aparecía el diablo en las casas para ir a comer trigo. Mi bisabuelo Rodolfo nunca creyó en el diablo que comía trigo. Él decía que eran puros cuentos. Por decir esto, un día se le hizo realidad lo que él creía que era falso.

Cuando mi abuela era chica, vivía en una casa de adobe junto con sus hermanas llamadas María y Raquel y mi bisabuelo. Un día, cuando ya se había escondido el sol en la casa y ya no quedaba trigo tostado para hacer harina, mi bisabuelo se puso a tostar trigo y luego lo puso en un harnero a enfriar. Después de eso, dejó el trigo en la cocina. Puesto que ya estaba muy cansado, se tomó un jarro de lata con vino y se emborrachó. Al rato empezó a retar a mi

abuelita y sus hermanas. Al ver que estaba enojado, les dio miedo, así que se fueron a esconder dentro de una tinaja muy antigua que mi bisabuelo tenía. Ahí se quedaron mucho tiempo, escondidas de él.

Mientras tanto, mi bisabuelo siguió tomando y de tanto tomar le dio sueño y se quedó dormido en una banca a la orilla del fuego. De pronto, mi abuelita y sus hermanas escucharon que se abría la puerta de la cocina y que alguien entraba. Se asomaron muy asustadas por la tinaja y vieron a un hombre alto vestido de negro que se puso a comer el trigo tostado que estaba en la cocina. En ese momento mi bisabuelo despertó y vio al diablo salir de la cocina murmurando enojado y cerrando con fuerza la puerta. Del puro susto, y en ese mismo momento, a mi bisabuelo se le fue la borrachera y desde ese día empezó a creer que el diablo existía.



REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

MI ABUELO Y SUS MEMORIAS EN EL RÍO CHOLCHOL (RECUERDOS REALES)

Jan Pool René Juanico Villagrán
11 años
Escuela Municipal G-390 Rucapangue
Cholchol

Primer lugar regional

Cuenta mi abuelito que Cholchol significa *Tierra de Cardos*. Ahí vivían muchos mapuches; es un lugar hermoso donde existe un río del mismo nombre que lo recorre de punta a punta. Este río era abundante y regaba sus riveras, dándoles colores y vida a estas tierras que florecían en primavera. Todo aquel que caminaba por sus praderas se sentía extasiado y maravillado y daba gracias a Chau Ngnechén por tantas bendiciones.

En esos años no existían puentes ni tampoco caminos como hoy en día, por lo que los lugareños se movilizaban en botes para cruzar el cauce. También existían muchos árboles nativos que aseguraban el sustento para distintas necesidades de este pueblo. De sus cerros bajaban riachuelos que alimentaban al río Cholchol, manteniendo siempre vivo su caudal.

Mi abuelo dice que existían familias que creaban balsas con trozos de coihue que unían con boqui y ataban firmemente. Luego las cargaban con carbón,

cereales, hortalizas y animales pequeños —cerdos y ovejas— con la finalidad de venderlos y así poder *comprar sus faltas* para una larga temporada.

Las familias iniciaban su viaje desde un lugar llamado Huamaqui, pasaban por Cholchol y luego seguían viaje hacia Imperial, recorriendo aproximadamente unos 60 kilómetros río abajo. Ahí terminaban de vender sus productos, incluso los trozos de coihue con los que estaba construida su balsa. Paralelo a esto, personas a caballo salían de Huamaqui con destino a Imperial para ir a buscar a mi abuelo y a sus acompañantes que viajaban en la balsa. Así traían la mercadería que él compraba con los recursos obtenidos: harina, yerba, azúcar, sal y jabón gringo, entre otras cosas. A pesar de lo sacrificado que era, él se sentía muy feliz cada vez que tenía que realizar este viaje, porque tenía la oportunidad de observar y apreciar la naturaleza de estos lugares en todo su esplendor.

Luego las cosas empezaron a cambiar poco a poco. Según mi abuelo, con la llegada del progreso llegaron las empresas forestales, las que hicieron caminos con sus máquinas y tecnología. Cortaron todo lo nativo, reemplazándolo por pinos y eucaliptos.

Hoy son sólo recuerdos en la memoria de mi abuelo, de esto ya nada existe. No hay árboles nativos y el caudal del río disminuyó drásticamente; tanto, que no soportaría una aventura igual a la que me contó mi abuelito.



REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

TRÜLKE WEKUFÉ (LA MANTA DEL DIABLO)

Renato Aníbal González Seiffert

12 años

Escuela G- 764 Epu Klei, Lican Ray

Lican Ray

Segundo lugar regional

Una tarde un poco fría y ventosa de otoño, mi abuelita Clarita me dijo:

—Natito, mi nieto mayor regalón, vamos a caminar a la playa.

—Vamos abuelita, pero *al tiro*, antes de que llegue mi mami y me diga que no he entrado leña —le respondí, entusiasmado por su invitación.

Nos abrigamos y partimos caminando por las calles de Licán Ray rumbo a la playa; conversamos, reímos y pelamos a mi hermano chico Vicente, que es tan bueno *pa' llorar*.

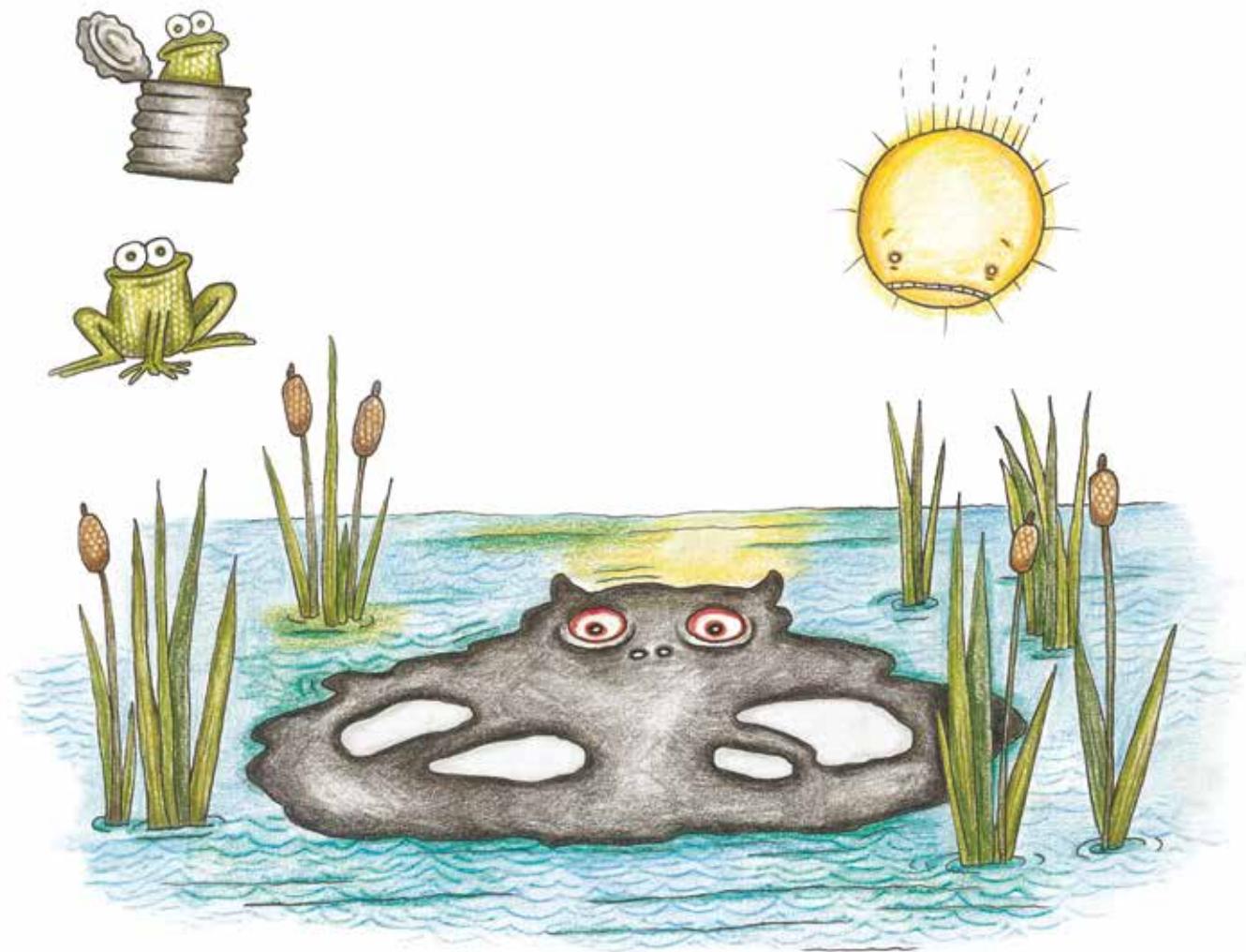
Llegamos a la playa, caminamos despacito por la arena y miramos las tres islas que se ven desde la orilla. A mí me gusta la chica, por el nombre no más, la Isla del Perro. Es tan chica que no caben más de dos personas por lo que yo creo, aunque nunca he ido. Luego caminamos hasta la península, hasta que mi abuelita se cansó, así que decidimos sentarnos en un tronquito. Disfrutamos de un chocolate medio derretido que llevaba en mi mano. En eso mi abuelita comenzó a

contarme una historia. Según decía ella, la había vivido en carne propia en el mismo lago Calafquén, ya hace muchos años, cuando era niña y tenía más o menos mi edad.

Esta historia, según recuerdo, comienza así:

Cierto día de verano, y siendo una niña de unos once años, mi abuelita disfrutaba bañándose en las tibias y cristalinas aguas del lago Calafquén, junto a un grupito de primas y primos. Nadaban, corrían, saltaban y hasta se tiraban agua, usando esos trajes de baño antiguos que dan risa, con aquellos flotadores de neumático negro y hediondos a goma que tenían el *pituto* que siempre raspaba la espalda. Mientras tanto, los adultos preparaban un tremendo asado, porque eran muchos los parientes que se juntaban los domingos de verano. Habían puesto la vaca casi entera en el asador, con papas cocidas y ensalada de tomates con cebolla.

Todos estaban felices disfrutando de cada momento, cada chiste, de las caídas, de cada rayo de sol. De pronto, la Pancha, una de las primas de mi abuelita Clarita, le dijo:



—Clarita, vamos a los juncos a buscar sapos.

A mi abuelita le gustó tanto la idea que partieron con un tarro en la mano, felices. «Pa' traer los sapos», dijo ella.

Cuando caminaban por la orilla de la playa, casi llegando a los juncos —que quedaban bien lejos de donde estaban los demás—, se dieron cuenta de que algo negro con algunas manchas blancas flotaba en el agua. Tenía pelos cortos y, debido a los rayos del sol que se reflejaban, brillaba bastante. Era como una manta grande y ellas sintieron como si las mirara. La observaron por mucho tiempo, hasta que decidieron tirarle unas piedras para ver qué era o qué hacía. Le lanzaron un par, pero no pasó nada. Luego buscaron un palo bien largo, la pincharon y sintieron que era dura como piedra. Quisieron tocarla, pero algo les dijo que no. Nada ocurrió. Entonces se acordaron de los sapos y continuaron su camino.

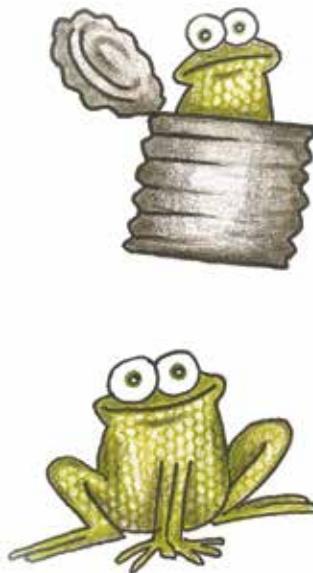
Luego de varios minutos, llegaron a los juncos que estaban verdes. Había muchos sapos escondidos entre ellos. Después de mucho rato atraparon dos bellos, pequeños, saltarines y verdes sapos que encontraron tranquilidad en aquel tarro que había llevado mi abuelita Clarita. Así que regresaron felices donde estaban los demás. Pasaron por donde habían visto la manta y se detuvieron a mirarla nuevamente, pero ya no estaba. Sus miradas se cruzaron y corrieron sin saber por qué.

Al llegar donde estaban los demás, todo era alboroto, gritos y llantos. Los hombres buscaban algo desesperados, metidos con ropa en el agua; se hundían una y otra vez en el agua. Las mujeres

gritaban como locas, otras se habían llevado a todos los primos y primas. Ellas no sabían qué pasaba, así que le preguntaron a la tía Sonia.

—Norma, la hija más pequeña del tío Pato, ha desaparecido en el lago. El *Trülke Wekufe* se la llevó, porque Norma tenía el cabello rubio —les respondió.

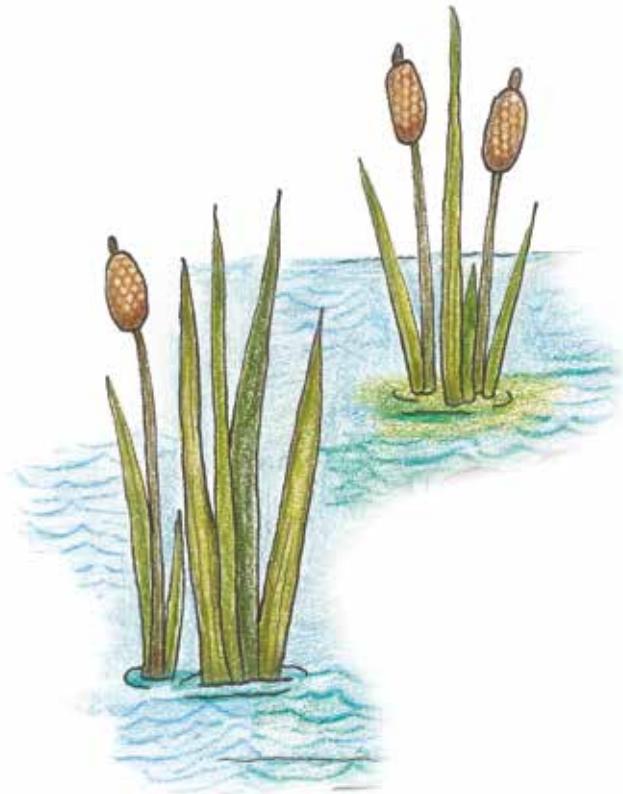
Muy asustadas, mi abuelita Clarita y su prima Pancha se preguntaron por Norma y sintieron un dolor en el pecho. Luego preguntaron qué era el *Trülke Wekufe*. Entonces, la tía Sonia las llevó a un tronco que les sirvió de banca, las sentó, les tomó las manos y les dijo:



—Niñas, el *Trülke Wekufe* es la manta del diablo. Cuentan que hace tiempo atrás un grupo de hombres que trabajaban en los barcos cargando madera, mataron una vaca que andaba perdida de su rebaño, se la comieron y lanzaron el cuero al lago para que no supiesen que ellos la habían matado. Este cuero de vaca cobró vida gracias a la pura maldad del *Colúo* y desde entonces, flota en las aguas del lago Calafquén. De vez en cuando, aprovechándose del descuido de los padres, se acerca a los niños pequeños que tienen el cabello rubio y que están solos en la orilla del lago, los envuelve suavemente, se los lleva al fondo del lago

debajo de la Isla del Perro, donde tiene su guarida, y nunca más aparecen. No se sabe qué hace con ellos. Son muy pocas las personas que aseguran haberlo visto alguna vez y las que cuentan que lo han hecho, tienen una vida muy corta.

Mi abuelita Clarita y la prima Pancha soltaron de forma instantánea el tarro con los sapos, los que saltaron asustados buscando dónde refugiarse. En ese mismo instante, las dos primas sintieron un misterioso escalofrío desde la punta del dedo gordo hasta la punta del pelo. Se miraron, se abrazaron, lloraron y al oído se dijeron nunca contar lo que habían visto.



REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA HISTORIA DEL BUDI

Beverly Antonieta Castillo Igor

13 años

Colegio Adventista

Temuco

Tercer lugar regional

Hace un tiempo, mi abuelito me contó una historia y yo la quiero compartir con ustedes. Me relató que hace muchos, pero muchos años, había cerca de Puerto Saavedra una pequeña comunidad en la que vivía un cacique llamado Domingue Anticura¹ con sus siete mujeres, las cuales tuvieron muchos hijos varones. Solamente una de ellas tuvo una niña hermosa, a la que llamaron Sayén².

Esta niña era los ojos de su padre. Cuando tenía trece años quiso conocer el mar y su padre la llevó, pero al poco rato de haber llegado a la playa, se levantó un remolino de agua que la envolvió, haciéndola desaparecer para siempre. El cacique esperó tres días, pero el mar no se la devolvió. Fue tanta su pena que de ahí mismo se fue llorando

amargamente mientras el mar iba formando un pequeño cauce detrás de él.

Cuando llegó cerca de su aldea, se sentó en una piedra, cansado y muerto de dolor, y se quedó dormido. Al despertar, se vio en una pequeña isla en el medio de un hermoso lago salado, mezcla de mar y llanto. El cacique lo llamó lago Sayén en nombre de su hija.

Pasaron los años y le cambiaron el nombre; le pusieron lago *Budi*³ y el puerto quedó como Puerto Domínguez, en recuerdo del cacique Anticura.

Mi abuelito dice que a cambio de la dulce e inocente Sayén, el mar le devolvió un lago lleno de peces y aves. Las comunidades le dan gracias al padre *Antu*⁴ hasta hoy día.

1 *Anticura*: en mapudungún, piedra de sol (nota de la autora).

2 *Sayén*: en mapudungún, dulce, amable, cariñosa mujer (nota de la autora).

3 *Budi*: en mapudungún, agua salada (nota de la autora).

4 *Antu*: en mapudungún, sol (nota de la autora).



REGIÓN DE LOS RÍOS

LLANTO ENTRE EL RECUERDO

Víctor Manuel Barriga Cárdenas

13 años

Escuela Rural Nontuela

Paillaco

Primer lugar regional

Mi abuelito solía contar —entre otras muchas cosas— historias bastante escalofriantes; yo no sabía que se trataban de experiencias reales. En esos fríos días de invierno en los que yo, mi madre y mis otros dos hermanos íbamos a visitarlo, solía dar rienda suelta a su lúgubre memoria. Esto era algo bastante irónico, ya que poco después nos enteraríamos de que mi abuelito padecía de Alzheimer, enfermedad que lo afectó a sus 89 años de vida. Tal vez la idea de perder a mi último abuelo no me resultaba tan trágica hace seis o cinco años, simplemente —y aunque suene macabro decirlo—, porque le prestaba más atención a sus relatos que a su misma existencia. El hecho es que recuerdo unas historias más que otras, pero esta la considero realmente especial.

Una noche, un melancólico aire de tragedia parecía surcar la frente de mi abuelito. Yo, encogido entre frazadas de lana y tratando de acercarme al brasero que tan agradable calor emitía, comencé a escucharlo, con el oído atento a quizás otra de sus interesantes historias. Por mi mente empezaron a pasar imágenes del relato en modo de película;

relato que, sin yo imaginarlo, resultaría algo frío y perverso. Hay gente que opinará, tal vez, que semejante historia no se podía contar a un niño de siete años, que carece de la suficiente experiencia en el mundo como para entenderla. La verdad es que entonces yo no podía apreciar el relato en toda su esencia.

De joven, mi abuelito apenas fue a la escuela. Su padre se preocupó de su educación, pero aún así, sólo pudo asistir por seis meses a la escuela, pues tiempo después su padre —mi tatarabuelo— falleció en no sé qué circunstancias. Vivía por aquellos tiempos en el puerto de Llifén, cuando Llifén mismo no era más que algunas casuchas blandengues repartidas a lo largo y ancho del lugar. Su humilde morada a orillas de la altísima cordillera carecía de los recursos suficientes para abastecer las necesidades básicas de una persona, menos aún las de una familia. Mirándola hacia arriba, daba la funesta impresión de que de un momento a otro la montaña misma se caería sobre la humilde vivienda, dejando en un estado aun más deplorable a la numerosa familia.



«¡Teodoro!», solía gritar su madre, llamándolo para que ayudara en uno u otro quehacer y parara sus jugarretas. «¡Teodoro!», repetía. Solo entonces, no antes, mi abuelito, que realmente era mi bisabuelo, se daba por entendido. Dejando de lado a sus hermanos, medios hermanos, hermanastros y sus infantiles juegos, corría a cumplir dócilmente las órdenes que su madre dictaba. No hace falta decir que mi abuelito había tenido varios padres, pero sólo una madre, una joven madre —yo *me la figuraba* joven en ese entonces—. Era morena, de constitución gruesa, de labios anchos y cabellos negros. Era una mujer mapuche, a quien habían querido quitar a palos y malos tratos su lengua natal hacía ya muchísimo tiempo.

Luego de la muerte de su padre, su madre —mi tatarabuela— encontró nuevamente el amor, que venía acompañado esta vez de dos bocas nuevas: un niño y una niña. Eran tan flacos como sus propios hijos, de cinco y ocho años de edad respectivamente y no tardaron en integrarse al núcleo familiar.

De vez en cuando mi abuelito solía recordar detalles nimios, carentes quizá de toda importancia, pero que para él eran detalles importantísimos de su vida cotidiana. Solía recordar a sus hermanos pequeños, a sus dos hermanos mayores, a su madre cocinando, preocupada por la falta de comida, o lavando, y el sudor pegándose al delantal. A su madre siempre *me la figuraba* preocupada —por lo que el mismo contaba—, atareada, al mando de una tropilla de niños pequeños y harapientos. Con el paso del tiempo se encorvaba y se sentía desfallecer, aunque su cabello seguía tan negro como la noche. Y su temple decisivo jamás cambiaba. Me la imagino hoy

en su lecho de muerte, recordando su difícil infancia y añorando lejanos amores. Eso no evitó, claro que no, que mi abuelito adoptara una conciencia machista, siempre rebajando a las mujeres por razones inexplicables. Ahora puedo decir, con total libertad, que mi abuelito también fue afectado por aquel extraño cáncer de la sociedad chilena.

En aquellos tiempos la vida de las personas en general era bastante más difícil. Los veranos eran de trabajo; los inviernos fríos, crudos y de aun más trabajo. Por entonces no tenían que caminar mucho para encontrar leña con la cual hacer el fuego y cocer el pan. Sin embargo, no era así cuando se trataba de encontrar otras fuentes de comida, especialmente en invierno, con esos días tan cortos y esas noches tan frías. Normalmente, en invierno la nieve solía cubrir todo con un gran manto de un color entre blanco y gris; si llegaba demasiado pronto, arruinaba tanto a familias como cosechas. En aquellas largas noches donde carecían prácticamente de todo abrigo, se dedicaban a conversar en voz baja con sus hermanos, amigos íntimos y confesores de travesuras y pecados. Ellos eran todo eso a la vez.

Luego llegó un tiempo —como en todos los inviernos— en que la necesidad de alimentarse era tal que había que internarse en las profundidades de las encrucijadas entre las montañas, atravesando el cortinaje de escarcha y nieve. Tal vez el invierno, en su afán por congelar todo cuanto vivía, había cobrado vidas animales y, si el frío hubiera hecho bien su trabajo, habrían podido consumirlas sin miedo a enfermarse. Había ocasiones, claro, en que también había que comer la carne medio cruda.

Extraña costumbre que, por cierto, mi abuelito todavía no abandona, a pesar del drástico cambio de condiciones entre ese tiempo y el nuestro.

En esas inhumanas condiciones, su padrastro tuvo que enfrentarse al frío, no sin antes llevarse consigo también a sus dos hijos; los que él consideraba como netamente suyos. Quizás la espera se había hecho larga por la nieve inagotable que caía, o el hambre había agotado quizás los límites de la paciencia. El caso fue que el padrastro de mi abuelito no volvió ni a la mañana siguiente, ni al día subsiguiente. Yo nunca he pasado lo que realmente llamamos hambre. Realmente no creo que ninguna persona de mi generación lo haya hecho.

La espera se hacía inagotable y el llanto y el frío venían acompañando el compás de la desesperanza. No sé ni entiendo, la verdad, por qué curso del destino mi abuelito tuvo que ir a buscarlos. No fue solo, eso sí. Acompañado de su hermano mayor ¿Cheli le decían?, quizás, ni yo ni mi abuelo lo recordamos, emprendió la forzada marcha, con miedo y frío. La necesidad de comer los impulsaba, la esperanza de encontrar a su padrastro y hermanastros vivos, con uno o dos cuerpos inertes de animales colgándoles por la espalda, el pelo cubierto de nieve, las caras tapadas de escarcha, la barba entrecana de su

padrastro blanca, rígida, y una sonrisa de oreja a oreja. Todas ellas eran esperanzas vanas.

Al primero que encontraron fue a su padrastro. Habían caminado bastante, a contraviento, hasta que por fin divisaron sobre un peligroso risco, varios metros bajo ellos, una perturbadora mancha oscura. No les costó mucho bajar. Estaba enterrado en la nieve de tal modo que sólo asomaba a la superficie la punta de un zapato roto. La nieve se había teñido de púrpura y para cuando descubrieron el cadáver de su padrastro, hacía ya bastante que este había muerto. Los labios estaban azules y su piel morena, pálida. Poco tiempo después, montaña arriba, encontraron a los dos hermanos. La niña tenía a su hermano pequeño tomado de la mano y lo acurrucaba contra ella en posición fraternal, seguramente esperando protegerlo del frío. Los cuerpos estaban tibios, lo que daba a entender quizás que la muerte no había sido sólo por el frío. Jamás pudieron entender —o, jamás quisieron entender— qué fenómeno había ocurrido para que sucedieran tales cosas.

Al terminar su historia mi abuelito parecía al borde del llanto. Con este relato quisiera inmortalizar las memorias de una persona simple que, al igual que todo el mundo, ha sufrido mucho, tal vez demasiado.

REGIÓN DE LOS RÍOS

LA PIEDRA DEL DIABLO

Millaray Yasmin Vergara Loncopán

12 años

Escuela Rural Carimallín Bajo

Río Bueno

Segundo lugar regional

El lugar de esta historia está ubicado al sur oriental de la provincia del Ranco, a orillas del río Pilmaiquén. Antiguamente fue habitado por indígenas de la etnia huilliche, los que le habían dado el nombre de Carimallín. Hoy está poblado por indígenas mestizos y uno que otro habitante de origen europeo. Hay mayoría de alemanes, quienes con los conocimientos traídos del Viejo Mundo han contribuido al progreso del lugar tanto en ganadería como en producción de grano, trigo y otros.

Actualmente, la gente más antigua cuenta que sus antepasados supieron de grandes cambios en la tierra producto de enormes erupciones volcánicas. También se habla de la “Piedra del Diablo”, la que

se encuentra camino a Río Bueno. Cuenta la gente antigua del lugar que cuando sus antepasados sacrificaban a un animal, sin importar si este era mayor o menor, la primera sangre que vertía la iban a depositar a una cavidad que estaba en el centro de la piedra. Esto traía buena suerte en la producción ganadera.

También se dice que en la noche de San Juan, el diablo salía de la roca como espíritu, se paseaba por todos los cultivos y salía a danzar libremente. Este rito aquí descrito no se realiza en la actualidad y la mencionada piedra está en la ubicación antes descrita, pero se encuentra abandonada de toda creencia.



REGIÓN DE LOS LAGOS

PANCHO GUALATO

Carla Antonia Mancilla Bahamonde

8 años

Escuela Rural Lliuco

Quemchi

Primer lugar regional

Cuenta mi abuelito José que hace muchos años, después de casarse con mi abuelita Lucy, ambos se fueron a vivir a una pequeña quebrada en Dalcahue, en el sector de Tocihue.

En esos años no existían camiones, luz eléctrica, ni agua potable y las personas se movilizaban a caballo. Mi abuelita era joven entonces y se le ocurrió poner un bar en su casa, donde vendía chicha, vino, cerveza y toda clase de alcohol. La cantina se llamaba “La boca seca”. Tenían muchos clientes que llegaban desde distintos pueblos a comprar vino y otras cosas. A veces, la gente se quedaba a dormir en la cantina, porque el viaje era muy largo y porque no podían levantarse por el efecto del vino.

Cierto día apareció en el negocio un hombre al que le decían Pancho Gualato, un personaje muy conocido por sinvergüenza, ladrón y brujo. Él vivía en el pueblo de Quetalco, en la comuna de Dalcahue. Llegó hasta la cantina de mi abuelo a pedir fiado nada menos que un barril de chicha.

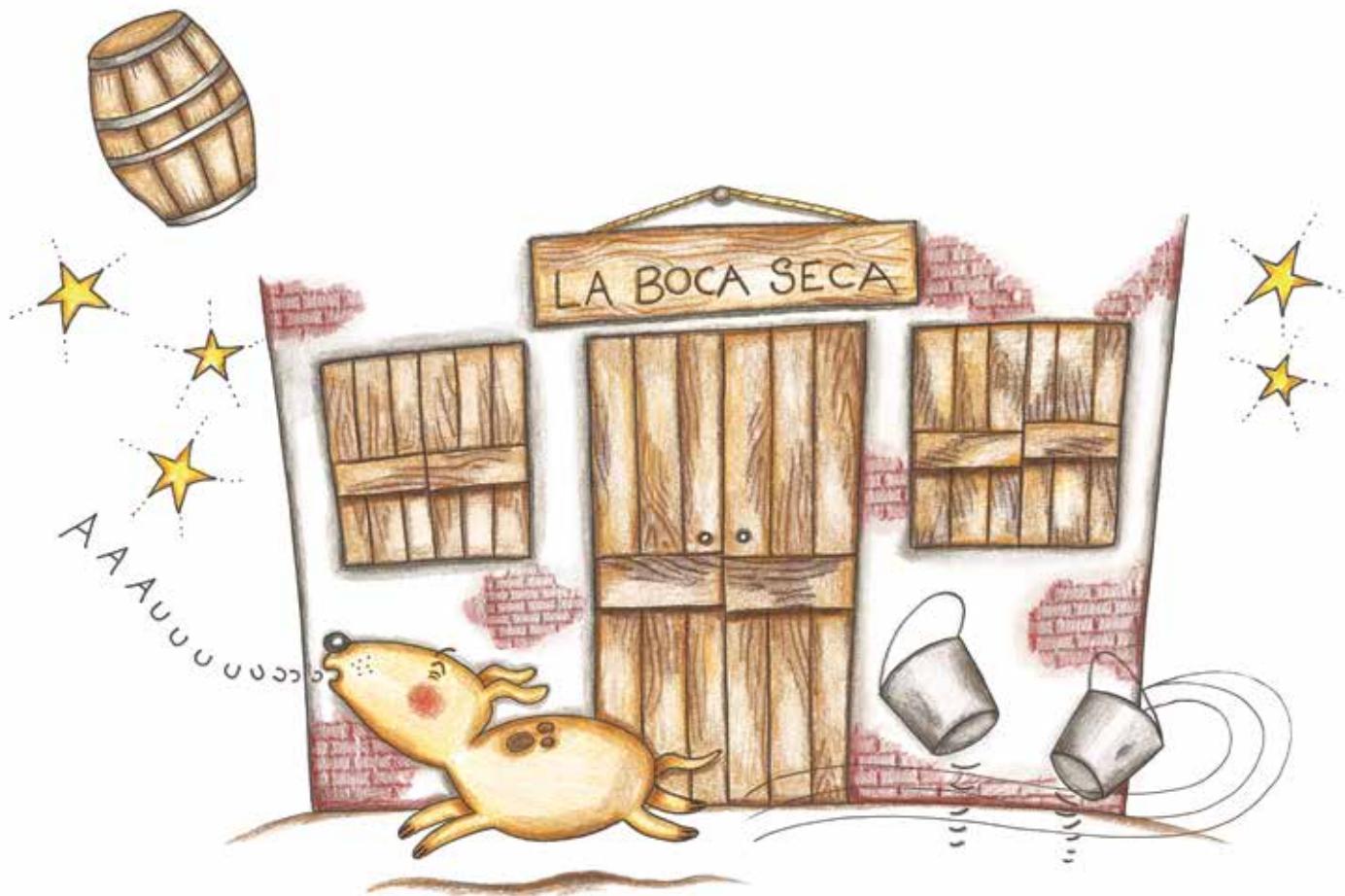
—¡Don José! Deme un barril de chicha y se lo pagaré otro día —le dijo Pancho Gualato a mi abuelo.

—¿Un barril de chicha? ¿Y fiado más encima? No, por ningún motivo —le dijo mi abuelo.

Pancho Gualato se molestó mucho. Fue entonces que comenzaron todos los problemas para la familia de mi abuelo. Pancho Gualato se fue molesto de su cantina, pero antes de salir, le dijo amenazante a mi abuelo:

—¿No me quisiste fiar un barril de chicha? ¡No te voy a dejar dormir tranquilo nunca más!

Desde esa misma tarde comenzó a llegar todos los días un perro a la casa de mis abuelos. El perro esperaba a que mis abuelos se fueran a dormir y comenzaba a aullar y ladrar, a botar los baldes, a correr alrededor de la casa como loco. Correteaba y mataba a las gallinas de la casa. Esto pasó noche tras noche por varios días, hasta que mi abuelo perdió la paciencia.



Una tarde, cuando ya llegaba la noche, mi abuelo planeó esperar escondido al perro.

—¡Este perro me tiene aburrido, no nos deja dormir tranquilos por las noches, algo tengo que hacer! — le dijo mi abuelo a mi abuela.

Al atardecer, mi abuelo José logró pillar al perro y le tiró una olla con agua hirviendo. Lo amarró y lo golpeó con rabia y fuerza hasta cansarse. Creyó que lo había matado, de modo que lo dejó tirado para irse a dormir. Esa noche, él y toda su familia durmieron tranquilos.

Al otro día se levantó temprano para ir a sepultar al perro, porque había sido tanto el castigo que le

había dado que pensó que lo había matado. Pero grande fue su sorpresa al ver que el perro ya no estaba y que no había rastros de sangre ni de pelos en donde había sido golpeado.

Pasaron los días y mi abuelo se enteró por un cliente que Pancho Gualato estaba muy enfermo y herido, que tenía quemaduras en todo el cuerpo y que se le había caído todo el pelo. Su cuerpo estaba hinchado y azul y tenía varios huesos fracturados. Mi abuelo tomó su caballo y partió rumbo a Quetalco para ver en qué estado se encontraba. Lamentablemente, al llegar al sector de Quetalco, se enteró de que Pancho Gualato había muerto. Mi abuelo contó la historia del perro, pero nadie le creyó.



REGIÓN DE LOS LAGOS

LOS ESTACONES HAMBRIENTOS

Patricio Manuel Alvarado Levicoy

13 años

Escuela Rural Los Ángeles, Quehui

Isla Quehui, Castro

Segundo lugar regional

Había una vez un anciano de 79 años muy trabajador y humilde que vivía con su esposa de 76. Tenía una yunta de bueyes muy grandes a los que él quería mucho. Les había puesto los nombres de Marino y Navegante.

Un día muy temprano el anciano se levantó y tomó mate, miró a la playa y vio unos estacones enormes. El anciano enyugó rápidamente a sus toros y se dirigió a la playa, amarró los dos estacones con una cadena, puso la cadena en el yugo y empezó a arrear a sus bueyes. Eran tan mansos que no necesitaban *teizador*. Cuando los bueyes ya iban llegando con los estacones, sucedió que estos se fueron al mar y arrastraron con ellos a los toros. El anciano quedó aterrorizado y se arrancó a su casa a contarle lo sucedido a su esposa.

—Se llevaron mi yunta —dijo al llegar, cansado y triste.

—¿Qué dijiste, viejo? —preguntó la anciana.

—Lo que escuchaste. Fui con los bueyes a buscar dos estacones muy bonitos y grandes y cuando

estábamos a punto de llegar, los toros *se empacaron* y los estacones se fueron al mar, llevándose a mis toros —dijo el anciano.

—¿No sería gente del Caleuche, viejo? —exclamó la anciana.

—¡Uyy! Es muy posible que hayan sido esos, porque ayer en el portón había un recado que decía «danos de comer». Yo pensé que era un chiste de algún muchacho —exclamó el hombre tomándose la cabeza.

La anciana quedó con mucho miedo y salió junto al anciano a dar comida a sus chanchos. Cuando entraron a la casa, no hicieron ninguna actividad. Estaban tan tristes que no se comieron el almuerzo, ni tomaron once. Mientras transcurría la tarde y aumentaba la pena por la pérdida de sus toros, se olvidaron nuevamente de darles comida a sus chanchos. En la noche, cuando estaban a punto de ir a acostarse, escucharon ladrar a sus perros. El anciano salió con un cuchillo a la cintura a ver qué pasaba. Cuando casi llegaba al picadero, vio una bolsa, se dirigió a ella y al abrirla, no dio crédito a lo



que veía. Era una bolsa llena de dinero, oro, plata y tenía una nota que decía: «Gracias, sólo queríamos comer». El anciano gritó:

—¡Vieja, vieja! ¡Mira!

—¿Qué diablos quieres? —preguntó la anciana—. ¡Somos ricos! —exclamó muy feliz la anciana al ver el dinero. Tanto se sorprendió que se desmayó. Minutos después la anciana despertó y le dijo a su esposo:

—Pellízcame. Parece que estoy soñando.

Una semana después los ancianos ya habían comprado cuatro cuadras de terreno y en ellas pusieron una mancornina mansa a la que le dieron el nombre de su antigua yunta. Compraron seis ovejitas y un carnero, dos chivitas y un chivito, formaron un gallinero de nueve gallinas y un gallo y, por último, adquirieron una casa de lujo. Y así vivieron felices los dos hasta que la muerte los separó.

REGIÓN DE LOS LAGOS

LOS CAHUELES

Duglas Yerardi Cárdenas Gallardo

9 años

Escuela Rural Lliuco

Quemchi

Premio especial Chilemitos**Tercer lugar regional**

Mi abuelita vive en el sector de Pido, en la comuna de Quemchi, Isla Grande de Chiloé. Ella tiene 58 años y me contó que hace 40 años atrás le sucedió algo muy extraño.

Un día, al ver desde lo alto del barranco que la marea estaba baja, se fue a mariscar navajuelas, almejas y caracoles en compañía de sus hermanos mayores. Cuando bajaron por el camino de la gruta de la Virgencita de Lourdes, que está ubicada en el lugar, vieron que en una poza del mar llamada *la barra* —denominada así por los antiguos— había unos peces muy grandes. Ellos se acercaron y vieron que eran unos cahueles de gran tamaño, parecidos a toninas o delfines. Lo extraño fue que todos ellos estaban numerados a un costado de sus costillas.

—¡Oh, qué grandes y lindos cahueles! Quedaron encerrados en la barra —dijo mi abuela.

—¡Sí! Y miren, todos están numerados. Es muy extraño —dijo uno de los hermanos de mi abuelita.

Cuenta mi abuelita que los cahueles eran enviados por el barco fantasma El Caleuche.

Mientras miraban el espectáculo y mariscaban a la vez, pasó un caballero que de la nada le comenzó a *pegar muchas patadas* al cahuel que llevaba el número siete en uno de sus costados.

—¿Por qué le estará pegando a ese pobre animal que nada malo ha hecho? —le preguntó mi abuelita a sus hermanos.

Muchos meses después, el hombre que *le había pegado patadas* al cahuel hasta el punto de dejarlo casi muerto en la playa, se enfermó gravemente de una de sus piernas. Finalmente tuvieron que amputársela.

Mi abuelita dice que siempre tenemos que tenerle respeto al mar, ya que el mar tiene un dueño que es El Caleuche.



REGIÓN DE AYSÉN

DOÑA MAIGA

Aelyn Michel Ruiz Muñoz
11 años
Colegio Kalem
Aysén

Primer lugar regional

Esta historia nos relata parte de la vida de una abuelita conocida en las zonas rurales como doña Maiga. Ella era una mujer aguerrida, muy menudita pero de un gran carácter, y galopaba con su pelo negro azabache moviéndose al viento entre los bosques de Aysén. Esta abuelita era requerida por todos los pobladores al menos en alguna ocasión de sus vidas; era una partera, lo que hoy en día sería una matrona. Sin embargo, ella lo hacía en zonas rurales y a domicilio, trasladándose con su caballo “El Rubio” y un saco con sus enseres.

Un día la abuelita Maiga fue llamada cerca del sector Lago Portales, a más de 20 kilómetros de Puerto Aysén. Doña Maiga se aprontó entre la nieve y el frío del sector, preparó el caballo y armó su viaje con una buena manta de castilla y su sombrero. Con sus botas de goma a la rodilla, emprendió el tortuoso viaje. Luego de dos horas llegó al lugar y encontró una pieza en la que yacía una mujer parturienta junto a su pareja. Revisó a la mujer y le dijo al hombre que pusiera agua caliente y que se preparara porque sería una tarde muy larga. Asustado y sin comprender mucho, el hombre realizó lo que doña Maiga le pidió.

Al poco rato comenzaron las labores de parto. Doña Maiga vio que la situación era compleja y le pidió al hombre que hablara con su mujer y se despidiera de ella, puesto que la parturienta perdía mucha sangre y el parto venía complicado. El viento arreciaba, la lluvia y la nieve se hacían más tempestuosas y las velas se apagaban por las ráfagas que se filtraban entre las paredes.

—¡Mujer, puja! —gritó doña Maiga, ayudando a la mujer en las labores de parto.

Con las mínimas fuerzas que le quedaban, la pobre mujer pujó para que naciera su hermoso bebé. Doña Maiga le cortó el cordón, *le pegó una palmada* y se lo dio a su madre. Ella pudo verlo antes de dar un último suspiro y morir.

Al ver esto, el hombre lloró desconsolado, sin saber qué hacer. Dolido, no quiso ver al niño que le había robado el alma de su amada.

Doña Maiga preparó las cosas para volver a su rancho, no sin antes hablar con el hombre y preguntarle qué haría con el niño. El hombre sólo le dijo que

sepultaría a su amada y que pronto moriría de pena, porque no concebía la vida sin ella. Sin embargo, le encargó a doña Maiga que le buscara un hogar al niño. Al ver eso, doña Maiga tomó al niño, le dio de beber leche de su madre, lo envolvió luego en unas frazadas y lo trajo en su regazo hacia Puerto Aysén.

Al llegar a su rancho se dio cuenta de que toda su vida había traído niños al mundo, pero nunca había tenido uno propio a quien darle su amor. Este niño fue criado por ella cuando Aysén recién se poblaba y los colonos sólo pensaban en hacer caminos. Hoy cuento esta historia, porque gracias a la abuela Maiga puedo hoy contar que soy descendiente de ese niño, el hijo de la partera Maiga, que fue mi bisabuelo Antonio. Ella trajo vida a toda una región.



REGIÓN DE AYSÉN

LA CASA SOLITARIA

Ziomara Francisca Chahuaicura Andrade

10 años

Escuela Particular Madre de la Divina Providencia

Isla Magdalena, Cisnes

Segundo lugar regional

Mi abuela me contó una aventura que le tocó vivir junto a sus hermanos y primos cuando era pequeña. Su casa estaba junto al canal Puyuhuapi y era una de las tantas que habitaban los pescadores llegados desde el norte a esta zona, atraídos por la pesca y la extracción del loco.

Cerca de ahí había una puntilla, en donde que hoy construyeron un mirador. Es un lugar muy bonito y con una hermosa vista. Decía mi abuela que ahí había una casa grande, de dos pisos, en donde vivía hace ya muchos años una familia muy numerosa. Los miembros de esa familia, por extrañas circunstancias, comenzaron a enfermarse y a morir uno tras otro. Al cabo de un año se habían muerto todos. La gente estaba asustada y nadie podía explicarse lo que sucedía; sólo evitaban acercarse a la casa. La policía tuvo que ir y llevarse los últimos cuerpos. La casa quedó cerrada y nadie se atrevió a volver a ocuparla. Como estaba en la puntilla, todos los botes debían pasar cerca de ahí, de modo que algunos aseguraban que por las noches, al regresar de la pesca, se veían luces y se oían ruidos en la casa.

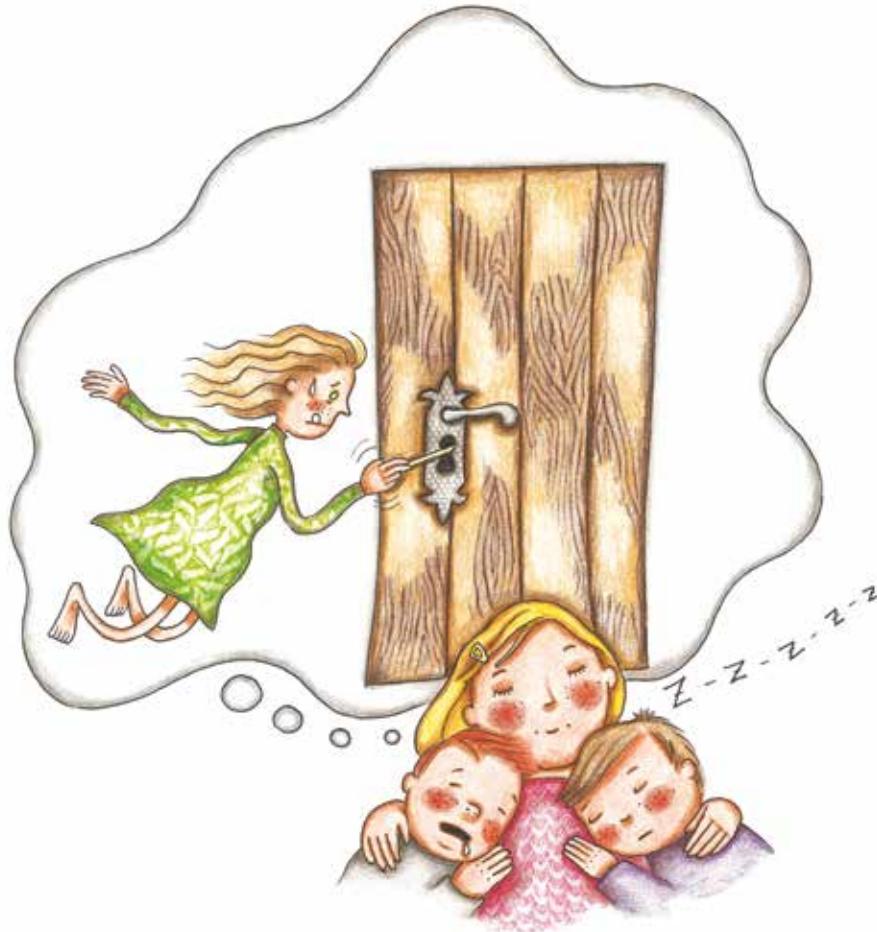
Pasaron los años y ya nadie se acordaba de los trágicos sucesos. Sin embargo, la casa seguía sombría y callada mirando al mar. Un día, al grupo de primos y hermanos de mi abuela se le ocurrió acercarse a la casa. Pudieron abrir la puerta sin problemas, entraron y la recorrieron arriba y abajo. Para los niños era una experiencia maravillosa, pues la casa, las ventanas, algunos muebles, los dormitorios y sobre todo la escalera estaban intactos. Les divertía el hecho que con cada paso que daban la casa crujía entera.

Así se les pasó el tiempo y no se dieron cuenta de que se hacía de noche. Decidieron partir, pero la puerta por donde habían entrado estaba cerrada y no pudieron salir. Buscaron otra salida, pero todas las puertas estaban bien cerradas. Los más pequeños se pusieron a llorar y los grandes llamaron a gritos a sus padres para que fueran a sacarlos. Sin embargo, nadie los oyó. Es más, muchos pasaron por fuera de la casa y no vieron ni escucharon a los niños. Buscaron y buscaron a sus hijos toda la noche. Adentro, los niños miraban desesperados pasar a la gente que los buscaba, les gritaban, les hacían señas y golpeaban las ventanas sin resultado. La casa se había adueñado de ellos.

Casi al amanecer se quedaron dormidos, todos acurrucados en un rincón. Y dice mi abuela que esa noche soñó con una niña que bajaba desde el segundo piso, se acercaba a donde ellos dormían y les decía que les ayudaría a escapar, porque pronto vendría un barco para llevárselos, igual como había hecho con su familia. Luego la niña caminó hacia la puerta y la abrió con una llave. Mi abuela despertó y les habló bajito a sus primos grandes. Estos revisaron la puerta y esta se abrió sin problemas. Los niños

salieron corriendo y no pararon hasta llegar a sus hogares, donde sus padres.

Nadie pudo explicarse nunca lo que había pasado, pero —según recuerda mi abuela— una anciana del lugar siempre repetía que, *desde muy antiguo*, los primeros pescadores llegados a la caleta hablaban de un barco iluminado que por las noches de temporal llegaba a capear justo en la puntilla de la casa solitaria.



REGIÓN DE AYSÉN

EL CABALLO GATEADO

Ignacio Esteban Olivares Sobarzo

13 años

Escuela Hernán Merino Correa

Cochrane

Tercer lugar regional

Cuenta la historia que hace muchos años, por estos poblados tan extensos del territorio del Baker, en los alejados fundos del río Maitén, propiedad de don Alberto Reyes, tuvo lugar esta historia que me contó mi abuelito Cecilio junto al fogón un día allá en su campo, en esas largas tardes de invierno.

Don Alberto era dueño de un hermoso caballo gateado, que él mismo había amansado en sus años mozos y que usaba siempre de sillero. Por razones familiares, don Alberto tuvo que viajar un día a Puerto Guadal. En esa ocasión no fue con su fiel caballo, sino que ensilló el tordillo que a veces llevaba en sus viajes y dejó el gateado al cuidado de sus hijos.

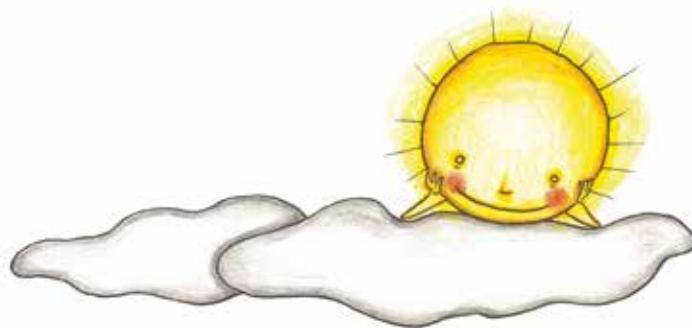
Uno de esos días y para sorpresa de todos, el caballo amaneció mal, situación que no se entendía, puesto que se encontraba bien antes de la salida de su amo. Se había enfermado al día siguiente de la salida de Reyes, de manera tal que comenzó a secarse día tras día, sin comer y sin tomar agua. Permaneció un mes entero en la agonía.

Un día veintitrés de septiembre llegó don Alberto. Había estado ausente todo ese tiempo y se encontró

con que a su caballo ya le quedaba poco camino por recorrer; tan poco que, al tercer día de la llegada del amo, el gateado amaneció muerto. Ninguno de los presentes entendió la razón de la enfermedad y muerte del caballo. Menos entendieron cuando de repente vieron levantarse al animal. Reyes quedó pasmado. No podía creer lo que estaba pasando: su caballo había muerto y resucitado. Suponían los presentes que había muerto de pena por haber estado tanto tiempo sin su amo, pero nadie recordaba haber presenciado algo semejante.

La única explicación que tenían era que podía haberse tratado de un mal y que le habían dado algo a tomar para ponerle fin. Sin embargo, el caballo había resucitado en extrañas circunstancias, dejando la inquietud de por qué había ocurrido ese hecho. La pregunta sigue... ¿No sería que el mal estaba destinado a don Alberto? Eso hoy nadie lo sabe.

Lo que sí sé es que ocurrió, pues mi abuelo estuvo presente. Él nos cuenta esta y otras muchas historias a sus nietos.



REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

CERO A CERO

Víctor Alfonso Levineri Rosas

14 años

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

Primer lugar regional

Hace unos años, en unas de esas tardes de invierno en que las personas de Villa Tehuelches no tenían más opción que quedarse en sus casas viendo televisión o tomándose unos mates, yo estaba jugando en el patio de mi casa con la pelota nueva que me había comprado mi mamá. De repente, y luego de un brusco movimiento que hice al tratar de dominar el balón, cometí un error y *le pegué un potente chute* que, para mi mala suerte, fue guiado por el viento hacia la ventana de una casona en la que vivía una anciana que yo llamaba la abuela Titi. Lo peor de todo fue que con la potencia del impacto el cristal se trizó. Esta señora tenía aproximadamente unos 70 años. Era de estatura mediana y poseía un carisma contagioso; era muy alegre. No me explico la razón, pero yo estaba muy asustado porque ella no se había percatado de lo ocurrido con el vidrio y yo no sabía cómo iba a reaccionar. Me quedé inmóvil mirando hacia su casa, tomé un fuerte bocarón de aire que me ayudó a juntar valor y me dirigí a tocar su puerta. Cuando me dispuse a golpear el portón, sentí que mi corazón latía más fuerte que nunca; entonces recordé la frase que me había dicho alguna vez mi profesor de historia: «Admitir nuestros errores es mejor que esperar a que se den cuenta de ellos». Grité fuerte:

—¡Abuela Titi!

—¡Pase! —gritó la anciana, desde adentro, con voz de mujer esforzada.

Yo ingresé tímidamente. Ya adentro, ella me recibió con un cariñoso beso en la mejilla y me preguntó:

—¿Cómo has estado? ¿Qué te trae por aquí, hijito de Dios?

En ese momento mantuve unos segundos de silencio, mi cara se tornó de color rojo y con voz temblorosa le respondí:

—Bien. Vine a visitarla y de paso a decirle que he cometido un error, pero fue accidental... dominando la pelota rompí uno de los vidrios de su casa.

Con una risotada ella me contestó:

—¿Por eso estabas tan asustado? Mejor, para que se te pasen los nervios, tomémonos un té mientras te cuento una de las historias que me contó mi difunto esposo. ¿Quieres escucharla?

Cuando oí esas palabras, todito mi cuerpo se relajó, mi corazón dejó de latir tan fuerte, se me fue ese ardor que sentía en mi cara y, muy relajado, le dije que sí quería tomar té y que con mucho gusto escucharía una de sus historias, pues *había sabido* que eran las más entretenidas de la villa.

En el momento que terminó de poner el pan, las cucharas, tazas, té y el azúcar se sentó al frente mío y comenzó a relatar un cuento que decía así:

«Allá en la frontera de Chile con Argentina, hace mucho tiempo, hubo un suceso que marcó a la gente de la pampa patagónica; tanto así que hasta hoy muchos recuerdan este hecho.

»Este acontecimiento consistió en un partido de fútbol que se disputó entre seleccionados de dos estancias vecinas, separadas solamente por el alambrado fronterizo. Pero había algo especial que *ponía la guinda sobre el pastel*: una joven llamada Elizabeth, hija del dueño de estas dos dependencias, tenía un romance oculto con dos jóvenes, uno de Chile y el otro de Argentina.

»Cuando los pretendientes de la hermosa muchacha, Ignacio y Vicente, se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, su desilusión fue demasiado grande como para ser explicada con simples palabras. Sin embargo, el amor que sentían por ella era más fuerte y generó en ellos el sentimiento del perdón.

»Víctor, el papá de esta confusa chiquilla, se percató de lo que estaba sucediendo gracias a que mi esposo, que era el encargado de la estancia chilena y amigo de varios de los trabajadores de la estancia argentina, tomó la decisión de preguntarle muy

seriamente, y en una conversación a solas en una esas tardes tranquilas de la pampa austral, de quién estaba realmente enamorada. Entre lágrimas y gemidos de arrepentimiento la jovencita respondió: “Mi corazón está realmente confundido y no sé cómo voy a solucionar este grave conflicto”.

»El papá, como vivía solo con su amada hija después de la muerte de su esposa en el parto, tuvo que tomar una decisión. Se le ocurrió que los muchachos podrían competir por el amor de la doncella. Le pareció una idea no muy inteligente, pero cuando se la dio a conocer a los dos jóvenes enamorados, estuvieron de acuerdo.

»La idea del padre consistía en que se realizara un partido de fútbol. El pretendiente que perteneciera al equipo vencedor se ganaría la mano de su hermosa hija y el perdedor prometería nunca más entrometerse en sus vidas. Todo quedó arreglado para que la disputa fuera realizada en un campo de fútbol improvisado que se ubicó en una pampa de Chile, a las tres en punto de la tarde un día del mes de enero.

»Los jugadores empezaron a llegar con sus respectivos equipos a la cancha; los espectadores no eran muchos, pero estaban nerviosos y con inmensas ansias de saber quién sería el afortunado ganador. Los dos rivales se encontraban listos para comenzar el partido después de meses y días de compleja preparación física. Los cinco compañeros de cada uno estaban perfectamente ubicados en sus lugares para que el juez, que era el futuro suegro de alguno de los dos pretendientes, diera el pitazo inicial y comenzara la esperada batalla.

»Ya eran las cuatro de la tarde, el balón estaba dispuesto sobre la mitad del campo de juego, la chiquilla miraba expectante a sus enamorados y sentía un nerviosismo muchísimo peor que el tuyo antes de contarme sobre el accidente que tuviste

con uno de los vidrios de mi casa. Finalmente, el árbitro llamó a los dos capitanes entre los gritos de la alborotada hinchada. Por razones obvias, estos eran Ignacio y Vicente. Víctor tomó una moneda de diez centavos e hizo elegir cara o sello al contrincante



local. Este eligió sello. El juez tomó la moneda y la hizo dar vueltas por el aire para que se decidiera quién partiría primero. Esta dio varios giros y cayó con su cara mirando el cielo sobre la palma del padre de la joven. Vicente, el joven argentino, cruzó su mano con la del chileno, el árbitro dio el pitazo inicial y se inició la disputa.

»El argentino, muy seguro de sí mismo, dio el primer pase. El juego iba parejo, con ataques procedentes de ambos lados. Los tiros a la portería iban perfectos, pero los arqueros los atrapaban como unos profesionales y la cara de decepción de los atacantes se reflejaba en sus rostros. Todos los testigos se encontraban eufóricos; se sentía en el aire que en cualquier momento esa bomba iba a explotar como un globo inflado al que se pincha con un delgadito alfiler. Sólo faltaba que uno de los contrincantes dijera en un murmullo algo que ofendiera al otro para que este respondiera con un gran vozarrón y se armara una batalla campal.

»Iniciado el segundo tiempo el marcador seguía cero a cero, para angustia de la señorita que en poco tiempo se transformaría en una mujer. Su padre corría de lado a lado de la cancha con vista de águila para ser lo más justo posible en las complejas decisiones que debía tomar. Pasaban los minutos y la pelota, como burlándose de sus verdugos, no atravesaba ninguno de los dos arcos. Al llegar el minuto noventa sin glorioso ganador ni resignado perdedor, tuvieron que jugar los descuentos, pero nuevamente se repitió la misma historia.

»Cuando el árbitro dio el pitazo final en el momento exacto de terminado el juego, llamó a

la joven al campo para terminar el espectáculo y para que decidiera quién sería definitivamente el afortunado. Como era muy inteligente y perceptiva, la muchacha ya había tomado una drástica decisión, que compartiría con todos los presentes. Al llegar a la mitad de la cancha todos la miraban en completo silencio y con atención. De carácter bien definido, Elizabeth dijo las siguientes palabras, que nadie habría predicho antes y que causaron sorpresa en sus enamorados, su padre y todos los presentes: "Yo ya he tomado la decisión de quién será mi futuro esposo y acompañante. No será ninguno de ustedes dos, será solamente Dios. Entraré en un convento para que ustedes estén tranquilos y no vivan con el pesar de haber perdido un estúpido juego y mi amor. Los dos estarán en mi corazón por el resto de mi existencia, pero como un recuerdo nada más. Les pido disculpas por haber jugado con sus corazones, yo nunca pensé en las consecuencias de mi indecisión". Dicho esto, los asistentes quedaron perplejos, con un sentir amargo y con tristeza por la historia de amor inconclusa. Sin embargo, con el pasar de los años se dieron cuenta de que había sido la mejor decisión que la muchacha pudo haber tomado.

»Los candidatos que se disputaron el amor de la jovencita rehicieron sus vidas y fueron felices, aunque nunca encontraron de nuevo a una persona como Elizabeth, alma noble que dedicó su vida a ayudar a los niños pobres de todas partes del mundo».

Esta fue la singular historia que me contó la abuela Titi. Interesante, ¿verdad? A veces el amor al prójimo es más fuerte.

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

AMOR EN LA PATAGONIA

Fabián Agustín Rojas Rojas

12 años

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

Segundo lugar regional

Desde que nací vivo en una zona rural de Magallanes, específicamente en el poblado de Villa Tehuelches. Una noche estaba en mi cama tratando de dormir, pero un temporal de viento no me dejaba hacerlo. Entonces llegó mi abuelito Vicente y para que yo pudiera conciliar el sueño, me contó una historia de amor que le había ocurrido a un amigo de él que hacía años había vivido en este lugar. Se trataba de un joven de veinte años que se llamaba Pedro. Tenía el pelo castaño, los ojos azules y la tez blanca.

Su familia era muy pobre; para vivir contaban con un poco de ropa, escasa alimentación y un techo con el que aguantar la lluvia, el viento y la nieve. Pedro ya estaba harto de ver la pobreza de su familia y buscó trabajo para ayudar a su gente. Buscó y buscó y no pudo encontrar nada, pero no perdió la esperanza y continuó buscando, hasta que un día, por fin, encontró un empleo como ovejero en Río Verde.

Pedro preparó sus cosas y se fue en busca de un nuevo porvenir. Al llegar a Río Verde, le llamó la atención lo hermoso del paisaje. Vio una hermosa estancia con muchos árboles y unos cariñosos perritos que se le

acercaron como invitándolo a jugar. Pedro estaba muy entusiasmado con su futuro trabajo, por lo que se dirigió inmediatamente a hablar con el dueño de la estancia. Una vez en la casona, ¡vaya sorpresa que se llevó Pedro! Como un resplandor bajado del cielo, brillaba una silueta angelical en el marco de una de las ventanas: era Emilia, la hija menor del jefe. Pedro quedó impactado al ver tal belleza, pero un fuerte grito lo hizo reaccionar. Se trataba del dueño de la estancia, un hombre macizo, alto, malhumorado y de gruesa voz.

—¿Qué busca aquí, amigo? —le preguntó.

—Disculpe. Trabajo es lo que busco, patrón —le respondió Pedro con mucho nerviosismo. El dueño lo miró de arriba abajo.

—Eres apenas un chiquillo. ¿Podrás responder al trabajo?

—Sí, patrón —dijo enérgico—. No tengo experiencia, pero con esfuerzo todo se puede lograr y si usted me da la oportunidad, con gusto se lo demostraré.



—Oye, muchacho, ¿cuál es tu interés por trabajar? ¿No deberías estar estudiando? —le preguntó incrédulo el patrón.

—No todos tenemos esa fortuna, patrón. Pero con mi esfuerzo y mi trabajo lograré estudiar y más adelante ayudar mi familia.

—Así se habla, muchacho —respondió don Jacinto—. El trabajo es tuyo. Vete a la casa de los trabajadores, que el capataz te dará tus implementos de trabajo y te dirá qué hacer. ¡Buena suerte!

Pasaron tres meses y Pedro, aunque cansado, no dejó de escribir y preocuparse de su familia.

Desde el primer momento que vio a Emilia, el muchacho sintió un gran estallido por dentro de su corazón y se propuso conquistar ese amor. Día

tras día intentó acercarse a ella, a pesar de que don Jacinto no aprobaba la relación. Con el tiempo, Pedro y Emilia se enamoraron. Al terminar la temporada de trabajo, Pedro volvió a la ciudad a estudiar, pero no olvidó a la muchacha. Estudió durante cuatro años, pero siempre mantuvo el recuerdo de la bella joven.

Cuando obtuvo su título de técnico veterinario, el joven volvió a buscar a su amor. Ella también lo amaba y lo había esperado. Al verlo, estalló en llanto de emoción y alegría. Al ver a los jóvenes tan enamorados, el padre aprobó su unión y permitió que se casaran.

Pedro, el esforzado joven, se transformó en el dueño de una linda estancia y vivió feliz junto a su esposa y sus dos hijos, pero nunca dejó de ayudar a su madre y a sus hermanos.



REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

LA MUJER DEL SUEÑO

Mayra Patricia Oyarzo Aqueveque

10 años

Escuela Elba Ojeda Gómez

Punta Arenas

Tercer lugar regional

Quiero contarles una historia que escuché de mi abuelito. Él nos cuenta muchas cosas, pero siempre nos dice que era su abuelito el que se las contaba, por lo que podríamos decir que más que una historia de mi abuelo, se trata de un cuento de mi bisabuelo. En fin, yo solo escuché este relato y se los contaré.

Mi abuelo me contó una vez que cuando daban las 12 en una radio vieja que él tenía, empezaban a sonar como locas todas las estaciones radiales, sin parar. Esto sucedía siempre a la misma hora, por lo que le comenzó a dar mucho miedo. ¡Ah! Esto le ocurría en el campo donde él vivía, un lugar muy solitario pese a estar en plena carretera, ahí en la ruta 9 del sector Barranco Amarillo, aquí en Punta Arenas. En ese lugar se escuchaban a menudo los ruidos de los camiones. Bueno, sigo con mi historia.

Entonces, todas las radios sonaban y él no sabía por qué. Pensó después que la radio estaba mala solamente, pero con el tiempo le empezaron a pasar cosas... y muchas. Los 12 de cada mes, por ejemplo, aparecían flores, muchas flores, en la puerta de su

casa. Él vivía solito, ya que su señora, o sea mi abuela, había muerto.

Un día mi abuelo tuvo un sueño y en el sueño veía que llegaba una señora de bastante edad a tocar su puerta para pedir ayuda. Gritaba y gritaba diciéndole que la habían atropellado y que todavía respiraba, pero que tenía que buscarla en los campos, porque el camión que la había atropellado se había escapado y nadie sabía que ella estaba por ahí tirada. Sólo él podía salvarla. Mi abuelo me contó que justo cuando en el sueño le quería preguntar por dónde estaba, se despertó con el sonido de su radio, como todos los días.

Días después una señora le tocó la puerta vendiendo huevos frescos de gallina, muy ricos. Mi abuelo le compró, pero mientras los estaba cocinando, se acordó de que ese rostro ya lo había visto antes. Pensó y pensó hasta que se quedó pálido, al igual que el huevo. Recordó que la señora de los huevos era la misma del sueño. Sin embargo, como la había visto viva, pensó que había sido simplemente una coincidencia, por lo que no había de qué preocuparse.



Pasaron los meses y llegó la Navidad. Mi abuelito fue a un almacén que quedaba a varios kilómetros de su parcela. Al entrar, se puso pálido al ver que había una foto de la misma señora que le había vendido los huevos. Figuraba como desaparecida hacía ya muchos meses; justo los meses en los que él le había comprado los huevos. Nadie más la había visto desde entonces. Él se puso a buscarla desesperadamente por todos lados, pero no pudo

encontrarla. Buscó y buscó, ya que sabía que era la mujer de su sueño. Así pasaron los meses y nunca pudo dar con ella.

Con los años, la señora se convirtió en una historia de la que ya nadie más habló. Sólo mi abuelo aún la lleva en el corazón, porque sabe que pudo haberla salvado y no lo hizo. Es algo que él vivió y que a mí me conmovió.





Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA,
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con el financiamiento del Ministerio de Educación

